

Aula de señoritas

SIMONE SIMON
HERBERT MARSHALL-RUTH CHATTERTON



1'50
EDICIONES BISTAGNE

758

BIBLIOTECA DEL
CINEMA
Delmtra de Caralt

N.º

758

AULA DE SEÑORITAS

PRINCIPALES INTERPRETES

SIMONE SIMON
HERBERT MARSHALL
RUTH CHATHERTON

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

Aula de Señoritas

Argumento de la película

Es la severa disciplina del Colegio. A ella han de acostumbrarse las educandas desde el primer día de su llegada al pensionado y, sometidas así, desde el primer momento, a aquel yugo suave y rígido a la vez, casi no se dan cuenta de él y se dejan dominar fácilmente atraídas por la diversidad de quehaceres y por el encanto siempre inefable de esos años de estudio en los que se vive una vida aparte del resto de la humanidad ya entregada a la lucha diaria por la existencia.

La vida en la escuela está sabiamente reglamentada. El deporte se mezcla al estudio y las horas de expansión a las de intensa tarea intelectual. Hay una hora para cada cosa y cada cosa tiene su aplicación precisa siempre en favor de las educandas. Es una de las mejores escuelas para señoritas montadas en el país y las niñas que a ella acuden,

siempre en número limitada, se sienten felices en aquello que, más que pensionado, es como un hogar acogedor.

El Director de la Escuela, doctor Esteban Dominik, ha sabido crear un pensionado alegre, simpático, amable, acogedor. Nadie puede sentirse triste en aquella casa en donde todo está previsto y en donde todo se hace para el bien y para mejor educación de las educandas. La casa está en plena campiña, rodeada de bosque, risueña como una eterna primavera y cuidada con el esmero de hogar de recién casada. Todo es bello en la casa, todo tiene sabor de hogar: el comedor y los dormitorios, las clases y el jardín, el saloncito de lectura y la sala de recibimiento.

Así es la escuela del doctor Dominik, que no ha querido crear un pensionado severo y de austeridad conventual, sino un hogar para aquellas que abandonan

el propio para seguir sus estudios y conseguir el grado de bachiller.

Componen el Consejo de la Facultad unos pocos profesores, todos a las órdenes del doctor Dominik, y alguna profesora escogida entre las más serias y las mejor instruidas de las Universidades. El número de alumnas es limitado y el doctor Dominik no aceptaría ni una más de las que están asignadas en los Estatutos de la Escuela aunque le ofrecieran el mejor tesoro del mundo por ella, pues su método es el de enseñar a pocas para hacer cada año un grupo escogido de bachilleres que sean el orgullo de su Escuela.

Algunas generaciones de muchachas han desfilado ante los ojos del doctor Dominik. No es que Esteban Dominik sea viejo, no. Pero empezó muy joven su carrera, muy joven empezó a trabajar y de muy joven fundó la Escuela que lleva su nombre y que ha conseguido fama en todo el país. Esteban Dominik se ha dedicado siempre al estudio, no se ha concedido ni un día de vacaciones, se ha entregado en cuerpo y alma a su carrera y su afán único y exclusivo es estudiar y difundir todos sus conocimientos.

Esteban Dominik es un tanto tímido, como casi todos los intelectuales; es un poco huraño, pues siempre le parece que pierde el tiempo o lo hace perder a los demás si les dedica un rato de charla alejada del terreno científico;

es sencillamente bueno, sin alarde, sin pose, ingenuamente, y por esto todos le quieren bien y por esto todos le respetan aunque entre los elementos de la facultad haya algunos que le doblen la edad.

Las niñas que han desfilado por la Escuela han conservado del señor Director un buen recuerdo y han pensado en él a través de los años con aquella placidez en que se piensa siempre en una persona de la que sólo se han recibido favores y dones y que nunca ha causado el menor disgusto. Bueno y justo al mismo tiempo, Esteban Dominik no ha reñido nunca sin tener una razón fundada y pruebas evidentes del hecho. Nunca ha consentido que los profesores puestos al servicio de la Escuela fueran demasiado severos ni demasiado exigentes con aquellas chiquillas a su cuidado encargadas. Sin llegar a una debilidad excesiva con los defectillos de las muchachitas, ha seguido siempre por sistema "hacer la vista gorda" a las pequeñas travesuras tan propias de la edad en que están sus educandas y así ha conseguido hacerse querer y respetar a la vez, sin necesidad de imponerse por la severidad ni de dominar por el miedo.

Las educandas se levantan temprano en la Escuela del doctor Dominik. Un fuerte silbido las despierta y, precipitadamente, saltan de la cama, se visten el traje de baño, se envuelven en la

sábanas y, formadas como si fueran soldados, precedidas por la profesora de deportes, se encaminan al jardín ya lleno de sol y de colores y marchan hacia la piscina con la formalidad de un desfile magno de victoria.

Un silbido también las hace alinear en torno a la piscina. Un nuevo silbido las hace desprenderse de las sábanas que las envuelven. Otro silbido más y en un gesto ágil y gentil se preparan para zambullirse en el agua, aquella agua azul y transparente, clara y pura que parece esperar con ávida impaciencia a aquellos cuerpocillos apenas formados que han de venir a turbar con remolinos de locura su serena tranquilidad de ahora. De nuevo la profesora lleva el pito a los labios y da un silbido más vibrante y más prolongado que los anteriores, y las niñas saltan al agua con gesto gracioso de nadadoras consumadas y se mueven todas a compás, con ritmo perfecto, como si fueran muñecas movidas por una misma maquinaria eléctrica.

Aquel baño matinal tonifica los cuerpos, vigoriza los miembros, da alegría a los espíritus que se serenán y recorran nuevo brío para sumergirse luego en el púlgalo del estudio y de la labor cotidiana de la Escuela.

Las niñas tienen alborozadas. Sienten la alegría de la vida. Ven comenzar un nuevo día, un día bello con la belleza serena de las horas sin angustias, sin

zozobras, sin sinsabores, sin inquietudes de ninguna clase, un día que les traerá la placidez de la calma del estudio bien reglamentado, un día en el que no tienen aún que pensar en el mañana ni que preocuparse por lo que pueda pasar, pues todas son niñas y eso es lo bastante para que la vida les sonría y les ofrezca la perspectiva de un Paraíso en flor.

Terminado el baño las educandas pasan al cuarto de vestir. Se peinan y se arreglan con coquetería, con toda la coquetería que les permite la adusta severidad de miss Wimmer, la única profesora que se ha tomado el profesorado demasiado seriamente y que, olvidada de que también ella ha sido joven algún día, quiere que las niñas se comporten con la desilusión de mujeres amargadas por la vida.

Ni el doctor Dominik ni ninguno de los profesores que componen el Consejo de la Facultad, han podido amortiguar el rigor de miss Wimmer de la que se hurlan un poco en silencio y a la que dejan por inútil sin dar gran importancia a sus continuas quejas.

Miss Wimmer no puede sufrir que las niñas usen jabón perfumado y muchísimo menos perfumes que huelen a infierno. Mucho menos se les consiente el lápiz de los labios ni el rouge para las mejillas. A miss Wimmer se le antoja que todo lo que no sea la más estricta naturalidad es pecaminoso.

so. Todo ha de ser natural: el color de los labios y el arrebol de las mejillas; todo lo que es artificio es pernicioso y miss Wimmer vigila para que se cumpla severamente el reglamento y para que las niñas empleen en su toilette solamente el agua clara y el jabón esterilizado, sin perfume alguno.

Miss Wimmer tiene sus ideas propias acerca de la educación de la juventud y se olvida de que la juventud tiene sus derechos y tiene sus prerrogativas y para miss Wimmer no hay método mejor que el que ella aplica tratando severamente a sus discípulas y no disimulándoles ninguna de las pequeñas diabluras que pueden cometer en aquella edad en que todo sonrie y en que todo es tentación.

Con el libro debajo del brazo, con el uniforme oscuro adornado con grandes cuellos blancos, las educandas cruzan las sendas del jardín, siempre formadas, siempre en fila militar, siempre al paso, erguidas y arrogantes, ligeras y flexibles, serias con forzada seriedad, porque en las mejillas se marcan los hoyuelos de la risa que florece en los labios y que repiquetea en los corazones.

Una de ellas, la más traviesa, la más atrevida también, lanza contra la profesora que va delante marcando el paso, un garbanzo que ha puesto en medio de una goma olástica y de la que

tira con violencia para hacer salir el proyectil. El garbanzo da en la parte trasera de miss Wimmer que se vuelve indignada y pregunta furiosamente:

—¿Quién ha sido la atrevida?

Pero ante la imposibilidad de las muchachitas que tratan de no reír para no comprometer a su compañera, ante aquellos rostros que siguen sin alterarse, ante lo difícil de averiguar quién ha sido la autora de aquella falta de respeto, miss Wimmer sigue marchando marcando el paso para que las alumnas no pierdan el ritmo de la marcha.

Estreban Dominik viene en dirección contraria, un gran volumen de historia debajo del brazo, la mirada perdida en la lejanía, ausente de él mismo y del mundo entero, sumido en la meditación de los siglos que pasaron, de las cosas que fueron, de las generaciones que nos precedieron y que guardan siempre, aun a través de las historias más claras y verídicas, su aire de misterio.

—Buenos días, señor Director — dice miss Wimmer al pasar.

—Buenos días — contesta el Director distraídamente.

Todas las niñas van saludando en el mismo tono que la profesora al señor Director, lanzándole miradas interrogadoras, como si para ellas aquel caballero tan serio, tan respetuoso, tan bueno, fuera un misterio impenetrable o un ser maravilloso.

Las educandas se han alejado en una dirección y Esteban Dominik ha seguido la dirección opuesta, ensimismado siempre en sus meditaciones históricas.

Tan ensimismado va que no ha visto que viene hacia él Ana Muthé, la profesora más abnegada, más cordial, más buena que tiene en el pensionado. Esteban estima mucho a Ana, porque es la que le ayuda en sus trabajos de recopilación de historia y porque a ella le debe la constancia en el estudio y en el trabajo. Pero para Esteban el trabajo está por encima de sus colaboradores, y como ahora su cerebro marcha a toda velocidad por los siglos pretéritos, no ha tenido tiempo de fijarse en Ana que viene hacia él, encendidas las mejillas, la sonrisa en los labios, los ojos brillantes de luz.

Ana sí le ha visto y ha tenido tiempo de esconder a la espalda un gran ramo de flores que traía entre los brazos. Bien sabe Ana que Esteban no la ha visto y que no la verá si ella no le detiene en el camino, pues conoce a Esteban desde hace años, muchos años y sabe perfectamente bien por dónde navega el cerebro del sabio.

—Buenos días, señor Director — dice Ana, poniéndose ante él y saludando con un respeto cordial efusivo.

—¡Ah, buenos días, Ana! Perdón... no la había visto — murmura un poco atolondrado el doctor Dominik, fijándose en la profesora que le contempla

risueña—. Tiene usted muy buena cara, Ana, mucho mejor cara que en días pasados.

—Es que me levanto temprano y paseo mucho por el campo. Es saludable pasear por el campo en las primeras horas de la mañana.

—Sí, es verdad... Eso debería hacer yo también, pero no tengo tiempo...

—Esteban, trabaja usted demasiado — dice Ana con ternura, mirando dulcemente a aquel hombre que parece agotado por el trabajo, que está prematuramente envejecido, que no vive más que para sus libros y su trabajo y que se olvida de sí mismo dejando que pase la juventud y que se avocine la vejez sin haber gozado un solo día de la vida, de la vida así, sin calificativos, en toda su naturalidad, de la vida tal como se nos presenta y se nos da, con su don de cada día y sus pequeñas penalidades y sus pequeñas satisfacciones de cada hora y de cada momento.

—He trabajado demasiado hasta ahora, Ana, pero de ahora en adelante voy a descansar, porque ya he terminado mi libro.

—¿De veras? ¡Ha terminado ya!... ¡Qué dicha! — exclama Ana con entusiasmo incontentido.

—Sí; mi obra sobre historia está concluida. Será la más completa y la más imparcial que se ha escrito hasta ahora. Me ha costado un gran esfuerzo, pero

la obra está ya presta para ir a la imprenta y para salir al mercado de la inteligencia.

—Esteban, le felicito. Estoy segura de que su libro será un triunfo personal merecido.

—Un triunfo que se deberá en gran parte a usted, Ana — dice Dominik mirando agradecido a aquella mujer que le ha ayudado día tras día, noche tras noche en la ingrata tarea de búsquedas y de informaciones auténticas con las que poder trabajar sobre un terreno justo y preciso.

—No, Esteban, yo nada he hecho en esa obra magna que acaba usted de terminar. Me he limitado a algún trabajo de investigación y de compilación. Era lo menos que podía hacer para ayudarle.

—¡Oh, no, Ana! Ha trabajado usted mucho y le estoy tan agradecido que no sé cómo expresárselo... ¿Quiere que pasemos un poco?

Ana siente el deseo de aceptar y consulta su reloj. Titubea un momento y dice luego, dominando su ansia:

—No, gracias, no puedo... A las nueve es mi clase.

—Entonces nos veremos más tarde, Ana.

—Sí, Esteban.

Dominik se aleja con su paso cadencioso y acompasado, paso de hombre que no tiene prisa y que va acompañado de sus propios pensamientos. Ana

le ve alejarse y le sigue con la vista hasta que un macizo de árboles lo oculta a sus miradas. Entonces da un hondo suspiro y sigue su ruta camina de la escuela volviendo a abrazar aquel gran ramo de flores que ha tenido oculto a su espalda durante los breves minutos que ha durado su conversación con el Director.

Ana Mathé... ¿Treinta y cinco? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y cinco años?... ¡Quién sabe! Los ojos, grandes y expresivos, tienen todavía mucha luz, luz de juventud y de esperanza; por ellos acaso pudiera suponerse que no pasa de los treinta y cinco; pero unas ligeras arrugas en las comisuras de los labios y alrededor de los ojos delatan que los años han pasado por aquel rostro de mujer bello todavía con la belleza sosegada y serena de un atardecer esplendoroso. La madurez está cerca, pero en Ana no es un ocaso que muere, es un otoño que triunfa con todas las galas que la naturaleza ha querido darle.

El severo uniforme de profesora de la escuela le da un aire un poco pasado de moda, la hace aparecer más vieja, la coloca más al borde de esa vejez tan triste y tan sombría que es la vejez de una mujer que ha tenido que marchar siempre sola por la vida.

Ana Mathé hace muchos años que presta sus servicios en el pensionado de Esteban Dominik. Hace tantos años como años de existencia tiene el pensio-

nado. Entonces era ella una niña recién salida de la Universidad. Se le presentó aquella oportunidad que parecía el mejor premio al esfuerzo realizado en sus años de estudios y la había aceptado con el corazón lleno de júbilo y el alma repleta de esperanzas. También Esteban Dominik era entonces un muchacho que acababa de licenciarse...

¡Qué hondo suspiro arranca de su pecho el recuerdo de aquel tiempo pasado! Ana sonrió para sí. Han pasado los años y han pasado por la escuela varias generaciones de alumnas. De las que tuvo en el primer curso muchas son ya madres de familia llenas de felicidad; otras han formado un hogar venturoso al lado del hombre amado; todas han encontrado en la vida un apoyo moral, un amparo, una luz de esperanza... ¡Sólo ella sigue sola, siempre sola a través del tiempo!... ¡Y sin embargo... está tan cerca la felicidad!...

Ana ha llegado a la escuela y ha corrido al despacho de Dominik. Arroja al cesto las flores marchitas que hay en los jarrones, reparte las que trae en la mano con una gracia incomparable, hace diversos ramos mientras espera que Toni le traiga el agua para llenar los vasos antes de colocar en ellos las flores recogidas con amor en el jardín y con amor colocadas en aquellos jarrones que hacen siempre compañía a Es-

teban Dominik en sus largas horas de estudio y de vigilia.

Toni, el viejo Toni, el que hace en la escuela las veces de jardinero, chofer, mandadero y fiel amigo de todos los profesores al mismo tiempo, entra en la habitación trayendo el agua limpia en un gran pote de hoja de lata.

—¡Qué estúpidos son los hombres! —suspira el viejo viendo a Ana afanarse en el arreglo de aquella habitación que le es tan familiar.

—¿Es una alusión personal? —inquire Ana saltando una risetada fresca y jovial.

Toni se rasca la cabeza, mira a la señorita Ana, como él le llama, porque para él será siempre la chiquilla recién salida de la Universidad que llega a la Escuela en busca de trabajo y a la que daban ganas de decirle: "Niña, corre por el campo con tus discípulas, que más tienes edad de jugar que de dar clase a esos diablillos que son tus compañeras." Y después de haberse rascado y de haber hecho "in mente" algunas reflexiones, Toni se decide a contestar:

—Aludo al señor Director únicamente, señorita Ana.

—Toni, esa falta de respeto no me gusta. El señor Director es un hombre que merece todos nuestros respetos y no me gusta verle tratado de ese modo... por ti, precisamente...

—El señor Director es un gran hom-

bre... pero está ciego — insiste Toni que ha vivido demasiado para poderse callar lo que piensa y lo que siente.

—Toni, esas cosas no se dicen — corrige Ana, sin dejar de arreglar las flores y sin dejar de poner orden y arte en aquella habitación un tanto descuidada, como todas las habitaciones en las que no se posa con amor una mano de mujer.

—No se dicen, pero se piensan... El doctor Dominik está ciego... y lo sé yo bien, que para esto le llevo tantos años de ventaja... Se está pasando aquí la vida, año tras año, con la cabeza en las nubes, dirigiendo el Colegio, enseñando a todas esas niñas que cuando se gradúan ya no se acuerdan más de él, escribiendo libros que en el mejor de los casos leerán media docena de personas... y en cambio no es capaz de ver lo que pasa a su alrededor...

—Lo que pasa a su alrededor es, precisamente, todo lo que tú acabas de enumerar: la Escuela, las clases, los libros que escribe, la fama de su nombre que se va ganando día a día con su trabajo laborioso y su talento...

—Y otras cosas que tienen más atractivo que todo esto... y que no sabe ver — insiste Toni, mirando a Ana con mirada expresiva.

—¿Otras cosas...? ¿Por ejemplo?... — inquiere Ana distraidamente, mientras enciende una rosa que no quiere situarse en el lugar que Ana le ha destinado.

—Por ejemplo... usted — dice Toni, atreviéndose ya a mostrar su pensamiento.

—¿Yo?... —

Los ojos de Ana se han abierto tanto cuanto han podido y han mirado asombrados a aquel viejito que mueve la cabeza con aire de seriedad.

—Sí, señorita Ana, sí... usted... ¿Por qué viene todas las mañanas aquí a arreglar el cuarto del salterón empedernido?

—Porque hace siempre falta la mano de una mujer en toda habitación de hombre.

—¿Yah!... Pero a mí no me engaña, señorita Ana. Yo sé bien por qué viene usted... y por qué sale todos los días muy temprano al campo a coger flores frescas... ¿O es que se imagina que yo soy tan ciego como el doctor Dominik? No, señorita, no, el viejo Toni ha visto y ha visto mucho y sabe bien lo que pasa en el corazón de una mujer... Yo no necesito confesiones... las adi-vino.

—Vamos, Toni, vamos, no digas tonterías — dice Ana, que ha bajado los ojos, se ha ruborizado como una colegiala y ha sonreído dulcemente ante la comprensión del viejo jardinero.

—Tonterías serán, si la señorita lo dice, que para eso tiene ella más inteligencia que este pobre hombre ignorante. Pero lo que no me parece bien es que el señor Director se crea que

soy yo quien le pone flores frescas todos los días en el cuarto... ¡A saber qué clase de hombre crece que soy yo!

Toni sale de la habitación arrastrando un poco los pies, rascándose la cabeza como si quisiera así aclarar sus ideas y pensando que si él estuviera en el lugar del doctor Dominik no dejaría que se marchitara estérilmente aquella flor que había ya alcanzado todo el esplendor de su corola y a la que un viento malo podría deshojar en un momento.

Cuando el tiempo es bueno las educandas dan sus clases de Literatura, de Historia, de Geografía, al aire libre, en pleno jardín, cobijadas por los árboles copudos que velan el sol y que acarician las frentes ingenuas con la sombra tenue de sus hojas.

Hoy es la lección de Historia la que se ha dado al aire libre. Está la mañana soberbia, una mañana de fines de mayo nítida y brillante como pocas. El aire está cargado de perfumes, perfumes contra los que ni siquiera Wimmer no puede luchar pues brotan de cada florecilla, de cada hierba, de cada hoja que se abre a las caricias del sol primaveral. El espacio está lleno de cantos de aves y de susurros de hojas. En el jardín, las niñas, agrupadas en tor-

no al profesor, escuchan atentamente la lección que hoy les explica.

La voz grave y pausada de Esteban Dominik se alza en el silencio con vibraciones de campana. Esteban habla sin darse cuenta de que está hablando a un auditorio de cabecitas infantiles que acaso no puedan comprender bien sus explicaciones. Habla como si estuviera solo, como si hablara consigo mismo, como si no tuviera en torno suyo a docenas o a cientos de muchachitas que escuchan con avidez las palabras del maestro.

—La Historia indaga las causas de los hechos, así como sus derivaciones—dice Esteban Dominik a sus discípulas—. No basta saber que la batalla de los Filippas tuvo lugar el año 42 antes de Jesucristo, sino que es preciso saber por qué tuvo lugar. La fecha es acaso lo menos importante en esta cuestión. Lo importante es la causa que la hizo estallar entonces y no en otra época... Hemos visto ya, en lecciones anteriores, que Marco Antonio y Octavio se dividieron el imperio del mundo después de aquella batalla. Pero Marco Antonio perdió pronto el poder porque se enamoró de Cleopatra... Este es el punto verdaderamente interesante de la historia.

Las cabecitas infantiles se mueven como una oleada de espigas de trigo. Les gusta la explicación, les cautiva el tema. Todas están suspensas de la pa-

labra del maestro. Sólo hay alguna que está un poco distraída mirando el revoloteo de las golondrinas en el espacio. En cambio hay otra que no aparta sus ojos de los ojos del maestro y que sonríe con la boca entreabierta de emoción ante aquel amor tan grande que hizo perder un imperio al más poderoso de los Emperadores.

Esteban Dominik sigue hablando sin darse cuenta exacta del efecto que sus palabras causan en aquella alumna chiquita y graciosa que para él no es más que una de las muchas muñequitas que han pasado por la Escuela, que han salido de ella convertidas en capullos de mujer.

—Raramente los enamorados tienen sentido práctico — dice el profesor, siguiendo el hilo de su narración—. Por esto Octavio venció a Marco Antonio por mar y por tierra, como veremos en la próxima lección. El amor es el fuego que ciega los espíritus y que atormenta las almas. Para tener poder sobre el mundo precisa olvidarse del amor. Ningún hombre verdaderamente grande ha estado en absoluto enamorado de una mujer, y si ha llegado a este extremo, su grandeza ha venido al suelo con estrépito de huestombe... Y antes de terminar mi clase de hoy, quiero leerles un pequeño párrafo de Marco Antonio y Cleopatra, de Shakespeare.

Esteban Dominik saca de su bolsillo

un librito, lo hojea unos instantes y, encontrando la frase que quiere leer a sus alumnas, porque es, además de estar relacionada con la lección de historia de hoy, una de las más bellas joyas literarias de la literatura inglesa, lee:

"Cleopatra, voy a morir y pido a la muerte una única gracia: que después de tantos millares de besos que te he dado pueda darte el último antes de desaparecer de tu lado para siempre."

—Esta fue la última frase de Marco Antonio antes de hundir en su pecho la espada para no caer prisionero de su enemigo. Quiso que Cleopatra le recordara tal como había sido para ella siempre: un enamorado sincero y ferviente. No tuvo una palabra de dolor por la pérdida de su imperio, ni un instante de debilidad ante la muerte que él mismo iba a buscar; sólo pensó en su amante y sólo le pidió a la muerte que fuera lo bastante clemente para poder besar de nuevo una vez más aquellas labios que había besado millares de veces... Y por hoy basta de lección. Pueden ustedes retirarse, puce va a ser la hora de recreo.

Esteban Dominik se levanta y las muchachas corren en todas direcciones en busca de sus compañeras que ya están jugando en la gran explanada. Sólo María Claudel, aquella chiquilla que ha escuchado toda la lección con los labios entreabiertos por una sonrisa de

emoción, permanece quieta, al lado del profesor que la mira extrañado, como si no acertara a comprender por qué aquella chiquilla traviesa y juguetona no ha corrido la primera al oír la señal de fin de clase.

— Señor Director — balbucea la vas de María.

— ¿Qué me desea? — inquiere Esteban, tratando con respeto a su discípula como si en realidad fuera un gran personaje.

— Me gustaría leer algo sobre Martín Antonio... y quisiera que usted me recomendara algún libro bueno.

— ¿Tanto le interesa esa figura histórica? — pregunta el profesor, convencido de que es únicamente la historia lo que atrae a la chiquilla.

María sonríe. Tiene una sonrisa encantadora aquella criatura. Cuando sonríe parece que todo cobra una luz nueva, una alegría más joven, más ingenua, más infantil, como si ella comunicara a cuanto la rodeara aquellas cualidades innatas en su persona.

— Me ha interesado vivamente al escuchar su lección de hoy — confiesa la niña — ¡Qué bonita ha sido!... Me parecía estar viviendo todo lo que nos contaba... Le da usted tanta fuerza de emoción a todo lo que cuenta que llego a apasionarme por la clase de historia...

— ¡Oh, gracias, María!... Es muy honroso para mí lo que usted me dice.

— murmura el profesor que casi no se atreve a mirar a los ojos serenos y bellísimos de su discípula que le miran con asombro y con admiración—. Si le interesa la figura del Emperador... creo que podré proporcionarle un libro muy interesante...

— ¿Cómo se titula?

— Espere... no recuerdo ahora... Es una obra maestra...

— ¿Lo encontraré en la biblioteca?

— pregunta María al ver que el Director vacila sin encontrar en su memoria el nombre que busca.

— No, no está en la biblioteca de la escuela; pero tendré mucho gusto en prestarlo a usted, pues figura entre los libros de mi uso particular.

— Gracias, señor Director; yo misma pasaré a buscarlo por su despacho...

— ¡Oh, no, no, no ensiente que se moleste usted! Se lo llevaré mañana a la clase.

María y el profesor han callado un momento. La niña quisiera prolongar la conversación, pero Esteban Dominik está siempre un poco ausente, un poco lejano de todo lo que está cerca suyo, como si no tuviera más idea que sus estudios y sus libros.

La niña no se arredra ante el silencio del maestro. Es una criatura decidida, inteligente, alegre como un amatec, parlanchina como un pájaro en libertad. Mira a Esteban de soslayo,

sonríe tímidamente, le vuelve a mirar y, por fin, le pregunta:

—¿Le estoy molestando mucho?

—No, no, nada de eso—contesta Esteban que parece haber descendido de las nubes para contestar a la pequeña.

—Entonces, si no le estorbo, ¿me deja que siga un momentito aquí, a su lado?

—Sí, sí... pero ¿es que no quieres ir hoy a jugar?

—Jugamos todos los días y hoy no tengo ganas... Me gustan más sus lecciones de Historia y me da pena pensar que ya pronto voy a tener el grado de bachiller y que saldré de la Escuela y que no volveré a escuchar sus bellas lecciones...

—¿De veras te da pena?

—Sí, me da mucha pena pensar en el fin de curso—murmura la niña con un acento muy triste en su voz.

—Todo fin de curso lleva en sí algo de tristeza... Es como si nos arrancaran algo muy nuestro que jamás ha de volver... Hace tanto tiempo que estoy en la Escuela y que vivo de su vida que ya siento el romanticismo del Colegio... Parece imposible, ya empiezo a ser viejo y todavía no he podido acostumbrarme a esos finales de curso en que cada año se nos lleva a unas cuantas alumnas que han compartido con nosotros la vida durante algunos años...

—¿Pero usted no es viejo, señor Director!—exclama María con sinceridad.

—Gracias por su apreciación... Pero yo sé que ya no soy joven... ¿Y sabe lo que me envejece? Su presencia aquí y esas palabras suyas de que ya va a terminar sus estudios... Cuando entró usted en la Escuela, hace cuatro años, era una niña...

—¡Oh, no tan niña! ¡Tenía ya quince años! —dice María con orgullo de mujercita, poniéndose sobre las puntas de los pies para crecerse y hacerse más mujer.

—¡Quince años!... Entonces, conveníamos que si no era una niña era una vieja de quince años... Me recuerdo perfectamente cuando llegó... Llevaba un vestidito claro, vaporoso, infantil, que le daba el aspecto de ser aún más chiquilla de lo que era en realidad. Tuvo que mostrarme su mamá la partida de bautismo para que yo creyera que ya tenía la edad suficiente para ingresar en mi pensionado.

—¡Qué risa!... ¡Y yo que creía tener el aire tan formal!...

—Entonces llevaba usted el pelo todo ensortijado y muy alborotado sobre la frente... Su mamá le daba un diminutivo muy cariñoso... La llamaba... espere... ya no recuerdo...

—Ricita.

—Eso es, Ricitos... Era un sobrenombre curioso...

—Yo estaba muy orgullosa de él. Me sonaba bien y me parecía muy interesante; pero mis compañeras me di-

jera que hacía muy niña y desde entonces me empuñé en que todas me llamasen María, porque así parecía ya una señorita formal.

—¿Qué prisa tienen todas en crecer! ¡Si hay tanto tiempo para ser mayor!

—A mí me gusta ser mayor. Ahora ya soy una mujer. ¡Tengo diez y nueve años!... Sólo me da pena porque tendré que marcharme de la Escuela... ¿Se acordará de mí cuando me habré matriculado?

—¡Claro que sí! ¡Naturalmente! — exclama Esteban casi con vehemencia. Pero recobrándose al instante añade con más calma: ¿Cree que olvido a mis alumnas?... Me acuerdo siempre de todas las que he tenido, porque todas han tomado un poco de parte en mi vida y no se olvida nunca lo que por nuestra vida pasa...

—Señor profesor...—murmura María, que quisiera decir muchas cosas a aquel hombre que ha despertado su imaginación apasionada con sus relatos históricos.

Pero Esteban Dominik no quiere seguir la conversación. Le dan un poco de miedo los ojos de aquella chiquilla, ingenuos y claros que le miran con calor, con emoción, con ansia, y para poner fin a aquel diálogo, dice:

—¡Oh, me olvidaba de un asunto muy importante!... Perdóneme, María Claudel, pero tengo que dejarla.

Y se aleja precipitadamente, como

si huyera de la niña o, mejor dicho, como si huyera de sí mismo.

María se va con la cabeza cargada de ensueños. Aquel día es un día feliz para ella. Ha conseguido cambiar con el Director algunas palabras, ha conseguido que se fijara en ella, ha conseguido que la tratara ya casi como a una mujer, aunque no ha dejado de recordarle que era una chiquilla todavía.

María sueña, sueña en el amor de aquel hombre. ¿Será porque es el único hombre que está cerca de ella? ¿Será porque realmente ejerce un atractivo especial sobre su espíritu supersensibilizado? La niña no lo sabe ni trata de indagarlo. Sólo sabe que su alma despierta a una nueva vida. Ni siquiera sabe que aquella nueva vida es la vida del amor. Sabe que tiene el corazón agitado, inquieto el espíritu, el alma ilusionada. Y todas las horas de su vida parecen haber cobrado un nuevo tinte, un nuevo color más brillante y más esplendoroso.

Todo el día lo ha vivido como en un éxtasis y, cuando ha llegado la noche, cuando ya todas las educandas están en el dormitorio, María saca de su pecho un retrato, lo contempla largo rato, lo besa con un beso tierno y respetuoso y, sin que nadie haya visto toda aquella maniobra, coloca el retrato bajo su almohada. Es el retrato de Esteban Dominik que ha recortado de una revista científica en donde se ha pu-

blicado con algunas frases de elogio para aquel sabio que dedica toda su vida a los trabajos de investigación histórica. Luego María se acerca a la gran ventana que hay al lado de su lecho y contempla en silencio la luna que flota en el espacio azul, de un azul intenso y oscuro que hace resaltar con más viveza el resplandor del astro de la noche.

—¡María! — gritan unas voces.

—¡María! — llaman otras.

María no sale de su abstracción. Sus compañeras la llaman en vano. Ella está en las nubes, como Esteban Dominik, y acaso en las nubes se encuentran sus dos corazones.

—¿Qué te pasa, María? — le pregunta una de sus compañeras, saltando de su cama a la cama de María, y cogiéndola por un brazo para sacarla de su mutismo.

—¿A mí?... Nada... Tengo sueño — murmura la niña que no tiene ganas de conversación.

—¡Dice que tiene sueño!...

Hay una carcajada general reprimida para que no sea oída de las profesoras. ¡Cómo puede tener sueño María, si está mirando el cielo con una ansia extraña, un ansia que hasta hoy no le han visto!

Todas las educandas se agolpan en torno a María. Algunas saltan por encima de su cama. Comienzan a tirarse las almohadas unas a otras, en lucha

campal, como si quisieran matarse con aquellos proyectiles de pluma. María, rápida, coge el retrato de Esteban y lo guarda de nuevo en su pecho; pero ahora han visto sus amigas aquello que oculta. La cercan, la acosan, la embroman con mil bromas distintas, y por fin consiguen ver de soslayo el retrato de un hombre, sin poder ver bien de quién se trata.

Aquello basta para alborotar más a las escolares. ¡El retrato de un hombre en un pensionado de mujeres! La algarrabía que se arma es tremenda y, gracias a ella, puede María defender su tesoro, porque a las voces que dan las niñas acude miss Wimmer a ver qué ocurre en el dormitorio.

—¿Qué pasa? — pregunta con voz severa abriendo la puerta.

Pero es tan desafortunada que una almohada que venía volando por el aire le cae en pleno rostro y le arranca las gafas de la nariz. Miss Wimmer es inútil total sin gafas y las niñas lo saben. La hilaridad crece. Todas corren descalzas a ocupar su cama para que miss Wimmer no sepa a quién acusar y el castigo no sea directo. Una de las alumnas ha encontrado las gafas en el suelo, pero las retiene un rato para dar tiempo a que se restablezca el orden en el dormitorio.

—¿Dónde están mis gafas?—pregunta la pobre miss Wimmer que va a ciegas por la habitación—. ¡Oh, no veo

sin gafas!... ¿Qué se ha hecho de mis gafas?... Señoritas, por favor, busquen mis gafas... no veo sin ellas...

—Aquí están, miss Wimmer — dice la travicilla que las ha retenido en sus manos hasta entonces.

Miss Wimmer coge las gafas, se las pone precipitadamente y mira a su alrededor. Todo está tranquilo en el dormitorio. Todas las niñas en sus camas arropadas cuidadosamente, silenciosas y quietas como si estuvieran en el más profundo de los sueños. Miss Wimmer mira con mirada inquisitorial.

—¿Quién ha sido la que ha armado el alboroto? ¿Quién ha sido la que ha empezado a turbar el reposo de las otras?... Está bien, no quieren ustedes decirlo... Pero yo informaré a la Dirección de lo que ha ocurrido aquí esta noche y, si no quieren confesar a la culpable, pagarán todas la culpa de esta muestra de indisciplina.

Miss Wimmer está parada en medio del dormitorio, con el gesto huraño, la expresión torva. Ha venido tan precipitadamente que no se había abrochado las faldas y, de pronto, cuando más ofendida se muestra contra las niñas, las faldas caen al suelo y se queda en pantalones, en unos ridículos pantalones de la época de su juventud, tan lejana ya, con el volantito por debajo la rodilla, con una puutilita de ganchillo que debía haber hecho ella misma en la época en que iba al colegio.

Hay en el dormitorio una carcajada general. Son risas incontranibles e incontenidas, risas que se escapan de los labios ya propensos a ella, risas de chiquillas que con todo se divierten y que sacan de todo partido para poner fuera de sí a aquella mujer que cree que sólo la seriedad y la rigidez con las armas buenas para vencer en la vida.

Miss Wimmer no tiene más remedio que huir del dormitorio antes de que vuelvan a caer sobre ella las mafas de aquellas criaturas que en su fuero interno tilda de ineducadas y de perversas.

Ha bastado que ella desapareciera para que las niñas recobraran su calma y para que el sueño fuera cerrando aquellos ojos hasta ahora abiertos e insomnes. Sólo los de María Claudel permanecen abiertos largo rato, porque la imaginación de la chiquilla vuela lejos, muy lejos, hacia horizontes nuevos que se abre ante ella ofreciéndole todo el encanto de una cosa no vivida, de un algo incomparable que canta una bella canción en lo más íntimo de su alma de adolescente.

* * *

Esteban Dominik ha reflexionado mucho y ha pensado mucho, pero no precisamente en lo mismo que ha pensado la pequeña María. Esteban vive de-

masiado ausente de la vida para que se haya dado cuenta de que la vida le ponía al alcance de la mano el regalo más bello que puede hacer a un hombre: un amor nuevo de una mujer que comienzan a vivir.

Esteban Dominik ha pensado en su libro, en su obra, en aquella Historia Universal que acaba de escribir y de la que espera obtener un triunfo resonante. No un triunfo de dinero y de gloria, sino un triunfo entre los intelectuales, un triunfo callado y sumiso hacia el paciente compilador histórico que ha empleado años de su vida en confeccionar aquel compendio de la Historia de las Naciones llevado con esmero y puleritud y con una recta conciencia ajena a todo partidismo y a toda influencia.

El señor Director se ha retirado a su despacho en donde Ana está aún trabajando en la corrección de los deberes de los escolares.

—¡Ah, señorita Ana, no sabía que estaba usted aquí!—dice Esteban al entrar, saludando cortésmente a la profesora.

—Tenía un poco de trabajo y pensé que no le molestaría...

—¿Molestarme?... ¡Nunca, Ana!... Precisamente andaba buscándola.

Los ojos de Ana Mathé se han iluminado de alegría.

—¿Me buscaba? — Interroga, asom-

brada y con una ilusión nueva en su alma.

—Sí, Ana... He pensado mucho en usted hoy...

—¿Usted, Esteban, ha pensado en mí?... —

—Sí, mucho... Y he comprendido que en el fondo no soy más que un egoísta refinado... Usted ha trabajado tanto como yo en el libro de historia.

—No diga eso, profesor... — replica Ana un tanto decepcionada, porque esperaba oír hablar a Esteban en otra forma—. Lo que yo he hecho no tiene importancia... Además, me era tan grato poder serle de alguna utilidad, trabajar a su lado, ayudarle en su constante faena de recopilación y de investigación...

—Por eso quiero que nuestra colaboración no termine con el libro, Ana... Tenemos que proseguir juntos el camino que se abre ante nosotros... Hay muchos horizontes que juntos podemos alcanzar...

¿Qué quiere decir Esteban Dominik? ¿En qué idioma habla que Ana cree no entenderle o entenderle demasiado? ¿Será que...? ¡No, Ana no quiere hacerse ilusiones! ¡Tantas veces ha creído que iba a llegar el momento feliz... y no ha llegado! Pero, aunque no quiere creerlo, el corazón cabalga en su pecho desenfrenadamente y no acierta a sostenerlo.

—¿Qué quiere usted decir, Esteban?

—pregunta, para ver si logra encauzar la conversación por el terreno por ella apetecido.

—Quiero, Ana, que el mundo entero conozca nuestra colaboración. Quiero que su nombre figure al lado del mío en la cubierta del libro.

—¡Ah!... — exclama, con una triste exclamación que bastaría por sí sola a despertar al más dormido. Pero se sabe contener a tiempo, y, como Esteban no ha podido comprender el sentido de aquella exclamación porque vive demasiado apartado de las cosas reales, añade, bajando los ojos y con una voz profunda en la que queda oculta toda la tragedia de su alma:— ¡Estoy verdaderamente conmovida y emocionada, profesor.

—Dominik y Mathé — dice Esteban, como si ya leyera en la cubierta del libro los dos nombres unidos—. Historia del Mundo para Escuelas superiores. ¿Qué le parece? ¿No suenan bien nuestros dos nombres unidos?

—Sí... suenan muy bien — replica Ana con amargura—. Pero todo eso me parece demasiada generosidad por parte suya... Al fin y al cabo yo he hecho un trabajo tan insignificante.

—No diga eso, Ana. Su trabajo ha sido arduo y difícil. Usted ha sido quien me ha alentado en mis ratos de desfallecimiento, usted la que me ha sugerido ideas nuevas, usted la que ha velado conmigo durante noches enteras

hasta llegar a comprender el misterio velado de las civilizaciones pretéritas. Si el libro triunfa quiero que la gloria sea también suya, Ana.

—Gracias, Esteban...

Dominik ha comenzado a trabajar, dando por terminada la conversación. Para él no existe en el mundo la mujer, sino la colaboradora. No ve a Ana con ojos de hombre, sino que la ve con ojos de trabajador que ha encontrado una magnífica auxiliar. Ana le mira trabajar y su alma de mujer, toda de hiedra, toda sentimiento, toda pasión, siente que le duele por aquella indiferencia, que le duele con un dolor extraño, hondo, desolado...

Ana quisiera decir muchas cosas a aquel hombre que está a su lado, ciego, completamente ciego... como ha dicho tan bien el viejo Toni. Esteban no ve el amor que Ana le tiene, Esteban pasa indiferente al lado del amor de aquella mujer que le entregaría el alma y la vida si Esteban la quisiera; pero a Esteban no le interesa el alma de aquella mujer más que en el sentido de aprovechar de ella su inteligencia para el trabajo, dejando a un lado su magnífica sensibilidad femenina.

Y en silencio, con ese silencio sombrío de todas las grandes tragedias, Ana contiene las lágrimas que quieren escaparse de sus ojos y sigue trabajando, porque es sólo el trabajo lo que la puede unir un poco al hombre al que ama

desde su primera juventud, desde que comenzaron a trabajar juntos en el Colegio, desde que le conoció y supo apreciar todo su valor moral y todas sus cualidades de hombre no bien encasilladas por la vida.

Así, casi parejos, pasan los días en la Escuela. Hoy como ayer y mañana como hoy. En una monotonía dulce y adormecedora. Así han pasado año tras año los días. Así han desfilado los meses, así han ido terminando los cursos. Así han pasado por la escuela en sucesión inasequible niñas y más niñas que han venido a beber en las fuentes de la sabiduría para lanzarse luego a la vida y comenzar las luchas y pasiones que trae consigo la juventud. Así ha vivido Ana desde que entró en la Escuela como profesora. Esperando, esperando siempre a que Esteban Dominik se diera cuenta de su amor y supiera corresponder a él como ella quería ser correspondida. Sabía que Esteban la estimaba, pero ¿dónde le servía que la quisiera si no la quería como ella deseaba ser querida? Y Ana ha vivido de esperanzas que han crecido en su pecho, esperanzas que ella sola se ha formado, porque el profesor no ha dado nunca aliento a aquellas esperanzas; pero ¿qué que el amor necesita que le den alientos para tomar incremento en un corazón apaixonado?

• • •

Todos los años, cuando llega la primavera, hay en el pueblo vecino una gran fiesta a la que acuden de todos los contornos. Todos los años las niñas de la Escuela de Esteban Dominik, acompañadas de todos los profesores, acuden a la fiesta y se divierten como lo que son, como verdaderas chiquillas. Es una fiesta alegre, campestre, con casillitos, globos cautivos, toboganes, montañas rusas, casillas de feria de tiro al blanco, de traga bolas, de mujeres cañón que se exhiben por unos céntimos, de mujeres sirenas que son la admiración de los labradores y la risa de los que conocen el truco, de gigantes y de enanos, de polichinelas y de vendedores ambulantes de chucherías, de barracas de comestibles en las que se venden las más variadas producciones culinarias y los más ricos productos del país.

En un autocar que da cabida a toda la escuela se trasladan las colegialas al lugar de la fiesta. Se han vestido de uniforme de los días de fiesta, se han peinado con mayor esmero que en los días ordinarios y se han dado, sin que miss Wimmer se diera cuenta, un poco de rouge en las mejillas y un poco de carmín en los labios.

Todas las caritas están animadas y risueñas. Todas las chiquillas sienten esa alegría comunicativa de los gran-

des acontecimientos extraordinarios. Todas se creen ser las mejores de la fiesta y todas miran con los ojos ávidos de contemplar escenas nuevas, nuevas vistas hasta ahora y que despiertan su curiosidad y su atención.

La música, el baile, la cerveza que corre a raudales, el ambiente de loco regocijo, todo contribuye a alborotar más y más a las colegialas que corren de un lado a otro, que suben a todas las alturas y que bailan desaforadamente entre ellas porque el señor Director las tiene prohibido que bailen con un caballero, aunque el caballero las invite.

Los profesores se han sentado en torno a una mesa y las profesoras han ocupado otra mesa a poca distancia. Las niñas se han esparcido por el jardín: unas cabalgan en los caballitos de madera; otras dan vuelta en torno a la rueda que se encarama casi hasta las nubes; otras tiran al blanco y ganan bonitos premios que nunca han de servirles para nada; las más de ellas bailan con entusiasmo y siguen el compás de la música un poco torpemente porque en la Escuela no hay lecciones de danza. Miss Wimmer se escandalizaría si tal hiciera el señor Director.

El señor Director está hoy más ausente que de costumbre. Lo mira todo con ojos distraídos en los que hay un deje de tristeza. Nadie puede imaginar en qué elucubraciones estará pensando

ni en qué mundos perdidos estará divagando su cerebro. Lo cierto es que está más callado que de ordinario, que se ha encerrado en un mutismo triste y sombrío en el que no le habían visto casi nunca sus colegas.

Uno de ellos, un viejo de barba blanca y de mirada burlona, se decide a romper el silencio que hay en torno a la mesa y dice, poniendo una mano sobre el hombro de Esteban:

—¿Qué le pasa a usted hoy, que está tan meditabundo?

—Pensaba... murmura Esteban que parece descender de un mundo desconocido—. Pensaba en que la semana próxima son los exámenes y que, como cada año, alguna de nuestras alumnas se marchará para siempre...

—¿Y esto le da pena? A mí me da pena cuando llegan, que no son más que unas chiquillas; ¡pero cuando se marchan hechas unas mujercitas, con toda la vida por delante para ser felices!...

—O desgraciadas... ¡quién sabe!—murmura Esteban, mirando, sin querer, a Maria Claudel que está frente a él entre un grupo de muchachitas parlanchinas y alegres.

—Está usted hoy pesimista, mi querido Esteban; no hay que tomar la vida tan en serio. Además ya se sabe... Todo lo que llega pasa y se va... La filosofía de la vida está en saberlo dejar marchar sin sentir gran nostalgia

por lo que desaparece a cambio de esperar con ilusión lo que ha de venir.

—Amigo mío, dichosa usted que puede pensar así y que es consecuente con sus ideas. Usted ha sido feliz a través de toda su vida...

—¿Por qué no? He sabido contentarme con lo que la vida me daba y he sabido mirar con un poco de escepticismo todo aquello que la vida me quitaba. Así he podido llegar a vieja sin amargura y sin grandes dolores. Y usted, mi querido colega, ¿qué dice usted de todo esto? —pregunta el dulce viejo de barba blanca que tiene los ojos burlones, a otro profesor de cara molida, viejo también, que lleva unas gruesas gafas ante sus ojos completamente míopes.

—¿Yo?... —replica el viejo Splünder saliendo de la abstracción en que estaba.

—Sí, Splünder, a usted le hablo. Le digo que en qué piensa...

—Pensaba en la primavera... en cosas que han pasado para no volver... en otros tiempos...

—¡Bah, cuando uno es viejo como usted ya no tiene derecho a soñar en esas cosas!—ríe el de la barba, burlándose un poco de aquel compañero que de repente se ha puesto romántico.

Splünder se mueve los labios y se calla ante aquella impertinencia. No puede tolerar a su colega que siempre

le embroma y le toma un poco el pelo; pero su colega es un hombre que no repara en los demás y que gusta de embromar a todos y de burlarse un tanto de todos los viejos que no han sabido aceptar la vejez con la alegre filosofía con que él la ha aceptada.

Mientras los profesores departen así, las profesoras beben un vaso de cerveza calladamente. Ana no tiene conversación para sus compañeras mucho mayores que ella, mucho más rígidas, llenas de prejuicios y de resentimientos contra una sociedad que ha sabido prescindir de ellas y que no les ha dejado otra plaza que el rincón de la Escuela en donde se van volviendo viejas y del que saldrán, sin duda, para ingresar en un Asilo como premio a toda una vida de trabajo y de sacrificio. Ana siente aún aspiraciones en su alma joven. Ana no es vieja como miss Wimmer. Ana tiene el corazón lleno de esperanzas que van floreciendo año a año, como si en él anidara una eterna primavera. Y Ana, bajo el ala de su sombrerito de fieltro gris, deja que el cerebro deambule por el paraíso del ensueño mientras sus ojos se fijan en Esteban Dominik que está, como ella, callado y silencioso entre los compañeros de oficio.

Y María charla entretanto con sus compañeras de mesa. Alguna diablura han maquinado, porque cuchichean entre ellas y ríen a carcajadas. María tie-

ne las mejillas arreboladas, los ojos brillantes, los labios carnosos y frescos entreabiertos por aquella sonrisa en la que hay una picardía ingenua y maliciosa al mismo tiempo.

—Si nadie quiere hacerlo lo echaremos a suertes—dice una de las chiquillas.

—No, yo tengo miedo... ¿Y si se enfada? — replica otra.

—Eres muy cobarde... La que no quiera que se retire, pero lo echaremos a suertes... ¡Ea!

—¿Cómo serán las suertes? — inquiera María que está nerviosa y excitada.

—La que saque el papelito más corto irá a invitarle a bailar. ¿Conformes?

—¡Conformes!

—¿Cuántas vamos a tomar parte en esta suerte?—pregunta la que lleva todo el juego.

—Nosotras cuatro. Anda, corta cuatro papeles; pero que nadie te vea... No valen las trampas.

La niña corta los papeles en distintos tamaños, los mezcla varias veces en su mano para que nadie pueda hacer trampa y los ofrece a sus compañeras. Cada una de ellas toma, con ansia y miedo, el papelito que la suerte le ofrece. María es la que se queda con el más corto, y mira un poco azarada a sus compañeras, como si no se atreviera a aceptar el reto ahora que ve que es ella la designada por la suerte.

—María, te toca a ti... No tienes más remedio que ir a invitarle... Hemos quedado en que la que le tocara lo haría.

—Sí... pero... es que yo...

—¿Qué?... ¿Vas a tener miedo?

—No, miedo no... pero me da vergüenza — murmura María, bajando la cabeza y mirando a Esteban desde su asiento, como si temiera y ansiara, a la vez, mucho el acercarse a él.

—Anda, mujer, no hace falta nada más que un poco de cara dura... Es un momento nada más. Animo y adelante...

María se levanta decidida y marcha hacia Esteban con paso firme. Lo ha convenido así con sus compañeras, y ahora no puede volver atrás. Se acerca a la mesa en que están los profesores y dice, inclinándose levemente:

—Perdonen que venga a interrumpirles...

—¿Qué desea, María?—pregunta el Director, mirando a aquella chiquilla, que hoy está diabólicamente bonita.

—Señor Director... ¿quiere bailar conmigo?—pregunta María, ruborizándose y conteniendo la risa al mismo tiempo.

—¿Cómo?... No comprendo — murmura Dominik, extrañado de la audacia de la pequeña.

María hace un esfuerzo sobre sí misma para cobrar nuevos ánimos y repite:

—Que si quiere bailar conmigo.

Y la chiquilla mira con los ojos bailarines y traviesos a aquel hombre que

se ha quedado serio, tan serio, que ha hecho morir la risa en los labios de María y ha apagado la luz en sus ojos llenos de brillo.

—María, debe usted saber que lo que hace no es una cosa correcta, no es una cosa que pueda hacerme... A su edad debería usted saber esto y me extraña que se atreva usted a...

María se ha quedado intensamente pálida. No esperaba que el señor Director pudiera reñirla allí, en público, ante todos los profesores. No sabe qué decir ni dónde meterse. Quiera que la tierra se hundiera a sus pies y se la tragara para siempre; pero como este fenómeno no pasará, María musita un "Perdonen", que nadie oye, y echa a correr desesperadamente a través de los jardines, busca el rincón más solitario y apartado, se deja caer al pie de un árbol y allí llova toda su vergüenza de niña cogida *in fraganti* en un delito infantil, que le parece el más terrible de los crímenes.

El viejito de la barba blanca, que ha comprendido bien que todo aquello no era más que una diablura infantil, dice a Esteban cuando María ya ha desaparecido:

—Mi querido colega, ha sido usted demasiado riguroso con esa chiquilla...

—No hubiera debido hacer eso—afirma Esteban, que no sale de su asombro.

—Eso no ha sido más que una cosa inocente, un juego de niñas...

—Pero yo soy el Director y no puedo permitir que mis alumnas se tomen estas libertades.

—Usted debía haberla reprendido más tarde, a solas, no delante de todos nosotros. Ahora ha ofendido su sensibilidad... Esa chiquilla es muy sensitiva, y créame, le ha hecho usted mucho daño.

—Yo no puedo tolerar que ni ella ni nadie falten a la disciplina de la escuela, y mucho menos en este terreno...

—¡Ah, mi querido amigo, no se deje contagiar por las teorías de mis Wimmer y de nuestro querido colega el doctor Splinder! Deje que ellos dos tengan acaparada la severidad y procuremos nosotros ser lo más comprensibles que nos sea posible para la juventud, no hagamos daño a estas almas que comienzan a vivir...

Esteban se ha quedado callado. Acaso el viejito tenga razón. Nunca nos acordamos de que también hemos sido jóvenes nosotros y que la juventud quiere un tacto y una ternura que, rara vez, muy rara vez suele encontrar.

Ya no aparece más María en el centro de la fiesta. Nadie se ha fijado en ello, porque la animación es tan grande que una persona menos no es advertida. Ana imagina que María estará con otras compañeras. Esteban cree que ya Ana vigila a las niñas y no vuelve

a preocuparse del asunto. Sólo Splinder y miss Wimmer se fijan en que María ha desaparecido y en que no forma parte de los grupos de muchachas que juegan y se divierten como locas en torno a las barracas de la feria y en torno a los caballos de cartón.

Antes de que anochezca los profesores quieren tener reunidas a todas las alumnas para regresar a la Escuela. Se ha dado la orden de regreso. Esteban y Ana, al pie del autocar que ha de llevarles, vigilan el regreso de las niñas. Todas van llegando con el pelo despeinado, con los ojos brillantes, con los rostros enrojecidos por el juego y la emoción de aquel día de fiesta. Llegan también los profesores y las profesoras. Todos van tomando plaza en el autocar. Sólo un sitio permanece vacío: el de María. Splinder y miss Wimmer se dan una mirada de inteligencia y de desconfianza. Ana mira con angustia hacia todos los caminos por ver si descubre a la pequeña.

—¿Dónde está María?—inquire Esteban, que también se ha dado cuenta de la falta de la pequeña.

—No sé... Desde media tarde que no he vuelto a verla.

—Es hora de partir... Debería estar ya aquí...

—¡Ahí viene!—exclama Ana con júbilo, viendo llegar a María a través de una de las avenidas del parque, corrien-

do desesperadamente para que el autocar no parta sin ella.

—Pronta, pronta, señorita—dice Esteban, mirando a la chiquilla con una mirada que es casi una súplica de perdón.

—Sí, señor profesor, ya estoy pronta—dice la niña, montando ligera en el auto que parte inmediatamente hacia la Escuela, hogar en donde ya estará esperando la cena y en donde las camitas blancas serán esta noche un nido de descanso para los cuerpos fatigados por el día de diversión y de jolgorio que les ha proporcionado la atenta solicitud del señor Director.

En la gran terraza que precede el jardín las niñas dan clase de esgrima. Van todas vestidas con un sencillo vestido de franela blanca, de falda muy corta y escampanada y cuerpo muy ajustado, con un corazón rojo bordado sobre el lugar donde está colocado el propio corazón, como distintivo para clavar la espada a fondo en el pecho del adversario.

Ágiles, airozas, gentiles, las niñas van siguiendo todas las instrucciones de la profesora, que va marcando los distintos pasos:

—¡Atención!... ¡Saludo!... Un, dos, tres, en guardia... Un, dos, tres, cuatro,

cinco, a fondo... Parada... En guardia... Un, dos, tres... Atrás...

Las niñas esgrimen la espada con acierto y con elegancia, dan los pasos de precisión, adelantan o atrasan, según se les indica, se tiran a fondo o retroceden, alzan los brazos o dejan caer rápido el acero. Si tuvieran que luchar con un enemigo de verdad no lo harían con más entusiasmo y con más precisión.

El Director ha cruzado por la orilla el patio, ha mirado el cuadro de conjunto admirable que se ofrece a sus ojos, ha sonreído satisfecho de la clase de esgrima y se ha dirigido a su despacho. Allí, como siempre, está Ana trabajando infatigablemente.

Esteban saluda brevemente y comienza a buscar por sobre las mesas, sin acertar hallar lo que busca. Ana ha seguido con la mirada todas las manipulaciones de Esteban y sonríe discretamente. Sabe lo distraído que es Esteban y disculpa la distracción del sabio. Para eso está ella en la Escuela, para disimular todas las distracciones del señor Director y evitar los disgustos que podrían acarrearse si él solo llevara la dirección.

—¿Qué busca?—se atreve a preguntar cuando ya hace un rato que Esteban busca inútilmente.

—Mi estilográfica. Tengo tres y no encuentro nunca una—contesta Esteban

con desaliento, como si aquello fuera una fatalidad.

—Aquí tiene usted una. La he encontrado en clase, Aula B. Sin duda la ha dejado usted allí esta mañana, cuando ha dado su clase de Historia.

—Seguramente... ¡Soy tan distraído!... Gracias, Ana, me ha prestado usted un gran servicio. Hubiera sentido mucho perder esta pluma. Precisamente es la que usted me regaló por Navidad. La aprecio mucho.

—Gracias, Esteban—sonríe Ana, para la que una palabra de aliento, una palabra de consuelo, una palabra de halago dicha por Esteban abre ante ella horizontes infinitos, llenos de luz.

—Si no fuera por usted, Ana, no sé qué sería de mí... Usted es mi ángel tutelar. Usted todo lo prevé y todo lo previene. Si no fuera por usted ya no tendría ni estilográficas ni pufucelos.

—Y se olvidaría usted hasta de comer—añade Ana, riendo dulcemente.

—Sí, o de publicar un libro... que sin la ayuda de Ana no se hubiera acabado nunca.

—¡Oh!... ¿Por qué hablar siempre del libro? Esteban, usted sabe bien que mi trabajo no ha sido más que un trabajo de auxiliar, sin importancia ninguna.

—¡Qué buena es usted, Ana!—exclama Esteban, y cuando parece que va a proseguir, cuando Ana ha comenzado a escuchar con ansia, entornando un poco

los ojos, porque cree llegado el momento de que Esteban le diga algo muy alentador y muy bello, se abre la puerta y, como si fuera el rayo de la venganza, entra en el despacho miss Wimmer, agitando en el aire un papel arrugado y sucio:

—¡Señor Director, ha sucedido algo terrible, espantoso, horrendo! — exclama con la mirada fija en lo alto y los ojos centelleantes de indignación.

—¿Qué ha sucedido? — pregunta el Director sin perder su calma, pues ya sabe que miss Wimmer tiene siempre grandes cosas que contar y que luego resultan futilidades sin importancia.

—¡Oh, déjeme descansar!... ¡Vengo sin alientos!... ¡He subido corriendo la escalera!...

—Siéntese usted, estará más cómoda y descansará mejor.

—Gracias, me siento... No sé ni cómo he podido subir... Ya me voy sintiendo mejor... Ha sucedido algo vergonzoso... y ha sido en su clase de usted, señorita Ana.

—¿En mi clase? — pregunta Ana, extrañada, pues en su clase nunca ocurre nada desagradable, ya que todas las niñas la quieren y todas procuran darle el mayor gusto posible. — ¿Qué es lo que ha pasado en mi clase durante mi ausencia?

—Yo le explicaré — sigue diciendo miss Wimmer, que aun no ha recuperado por completo su aliento—. Al sa-

lir las alumnas he querido hacer una pequeña pesquisa.

—¿Pesquisa en mi clase? Miss Wimmer, creo que esta no es de su incumbencia—dice Ana, seriamente, pues le molesta que se inmiscuyan en asuntos que sólo ella tiene derecho a tratar.

—Perdone, la comprendo; pero es que durante la lección he visto que las niñas me miraban mucho y sacaban algunos dibujos. Acostumbran hacer caricaturas un tanto injuriosas para mí, y como he visto que se pasaban por debajo los pupitros los dibujos y que se reían mientras seguían mirándome con burla, he querido ver qué era lo que habían hecho.

—¿Y qué ha encontrado usted? — pregunta Esteban, que se pasa a lo largo de su despacho con las manos metidas en los bolsillos.

—He encontrado algo en el cesto de los papeles que me ha hecho ruborizar y me ha hecho sentir miedo.

—Bien... diga ya de una vez qué es lo que ha encontrado.

—¡Una carta amorosa! — dice miss Wimmer, como si diera la noticia más terrorífica del mundo.

—¡Oh... eso son tonterías de chiquillas! — exclama, decepcionado, Esteban, que había creído por un momento que, en realidad, miss Wimmer había hallado algo espantoso.

—¿Llama usted tonterías de chiqui-

llas a una carta tan apasionada que quemara mis dedos con sólo tocarla?

—¿Una carta amorosa en mi clase! —murmura Ana, pensando en quién pueda ser la autora de aquella diablura—. No puedo creerlo. Entre mis niñas no hay ninguna capaz de hacer eso...

—Pues, ha sido una de sus alumnas... Tome, lea usted... Yo no podría leer esa carta delante de un hombre—dice miss Wimmer, alargando a Ana la carta que considera pecaminosa e intolerable.

Ana coge la carta y comienza en voz alta:

—Mi solo y único amor...

—Ummm... —murmura Esteban, sonriendo—. Empieza bien.

—Creo que será mejor no continuar... ¿Quiere usted leerla?

—La verdad... yo no sé por qué hemos de dar valor a una cosa que no es más que una chiquillada—dice Esteban, que no quisiera penetrar en el secreto de aquella carta.

—Es su deber como Director del Colegio — afirma miss Wimmer, que no quiere por esta vez que las cosas se tomen como de costumbre, con excesiva benevolencia.

Esteban toma la carta, mira con angustia a miss Wimmer y a Ana, y prosigue la lectura:

—...Cierro los ojos y revivo nuestro encuentro de ayer en Castillonegro...

—Ya ve usted, se refiere al día de la

excursión — afirma miss Wimmer, que ya tiene toda la acusación preparada contra la culpable—. Mientras las alumnas y los profesores estaban en el pueblo, esa impúdica chiquilla se alejó de allí y fué a reunirse con alguien con el que tenía una cita... ¡Oh, si acabaran de leer esta carta, verían cuánta perversidad encierra!

—Señor Director — murmura Ana, que no acierta a comprender—. ¿Usted cree que todo esto puede ser cierto?

—Desgraciadamente temo que sí.

—¿La carta está firmada?

—No.

—Espero — añade miss Wimmer — que la que haya escrito esa carta será juzgada por el claustro de profesores y castigada como corresponde. Bajo su responsabilidad, señor Director, y por la dignidad del Colegio y por las familias de las alumnas, espero la llamada para cuando el claustro se reúna a deliberar.

Miss Wimmer se aleja con una propo-popeya y una seriedad que dejan anonadados a Esteban y a Ana. El primero se para frente a la segunda y le dice con un poco de amargura:

—¿Y yo que me felicitaba de haber llegado a fin de curso sin incidentes!...

—Esteban, si usted cree que el caso es serio, hay que obrar con mucha prudencia.

—¿Prudencia, estando miss Wimmer

y el inflexible moralista, profesor de matemáticas, doctor Splinder?... No, no será posible la prudencia. Se empeñarán en llevar el asunto a rajatabla para que sirva de escarmiento... ¿Conoce usted la letra de la carta?

Ana examina la letra, duda, no quiere convencerse de lo que sospecha, y dice un poco tímidamente:

—No, no la conozco... No estoy cierta... Se puede ver confrontando los temas de examen...

Esteban y Ana comienzan a confrontar escritos. A los dos les repugna aquella tarea. Al fin y al cabo, una carta amorosa no es ningún crimen imperdonable, y aquello les parece una cosa loca e indigna de ellos.

—Sin embargo... es preciso hacerlo —dice Esteban, mirando detenidamente letra por letra—. Mire, creo que ya la he encontrado. Sí, evidentemente, es ésta...

—¿María Claudel? —interroga más que con la voz con los ojos, Ana Mathe—. No es posible... pero sí, ésta es su letra... Si no lo vieran mis ojos no lo creería...

—Ana, mándela llamar. Hablaré con ella antes de reunir al claustro de profesoras.

María están dando aún la lección de esgrima. Es Toni el que va a llamarla de parte del señor Director. La chiquilla sonríe confiadamente, ilusionadamente, al pensar que es él quien la

llama, y, con la mascarilla bajo el brazo, con la espada en la mano, entra en el despacho del Director y saluda con el saludo que les ha enseñado la profesora de esgrima, lleno de gracia y de agilidad.

—¿Me ha llamado usted?—pregunta la niña, con la mirada brillante y los labios risueños.

—Sí, señorita. ¿Sabe usted por qué la he llamado?

—No, señor Director.

—Piénselo un instante...

—No sé... no puedo imaginar...—balbucea María, que comienza a temer algo malo al ver la cara seria del Director.

—¿No ha hecho nada en estos últimos días que sea indigno de usted? ¿Qué excusa puede alegar?

María sonríe de nuevo. Ahora cree ver claro el asunto. El señor Director se refiere a aquella inoportuna invitación de baile que tuvo la osadía de hacerle el día de la fiesta, y contesta decidida y audaz:

—Aquello fué sin malicia, señor Director, créame... Me tocó en suerte.

—¿Cómo en suerte?—pregunta Esteban, que no comprende lo que la niña quiere decir.

—Sí, nos sortearon el ir a invitarle a usted a bailar... y me tocó a mí... Yo le pido perdón, señor Director.

—¡Oh! aquello es un episodio que ya había olvidado!—exclama Esteban,

conteniendo una sonrisa—. No la he llamado por aquel asunto sin importancia, sino por otro mucho más serio. ¿Reconoce usted esta carta? — le pregunta, entregándole la carta escrita por ella.

María la mira brevemente y, sin alzar los ojos, replica en voz baja:

—No.

—Obsérvela atentamente. ¿La ha escrito usted, sí o no? Dígame la verdad.

—No, no, no — se obstina en decir María, que está roja de vergüenza.

—La letra es idéntica a la de su tema, pero ya que se obstina usted en negar, siéntese, que voy a dictarle algunas frases para colear luego la letra.

María se sienta, se quita el guante, toma la pluma y espera con los ojos fijos en el papel.

Esteban comienza a dictar:

—Mi solo y único amor... No puedo olvidar los instantes de delicia pasados entre tus brazos.

—¡Oh, por favor!—exclama la pequeña, que no puede contener las lágrimas.

—Le ordeno que escriba, María—insiste Esteban.

—No puedo... no puedo... me da mucha vergüenza... Usted no lo creerá, pero nada de lo que he escrito ha sucedido—gime la pequeña, que no quiere que Esteban pueda pensar en ella como en una pervertida.

—Entonces, ¿por qué escribirlo? —

pregunta el profesor, mirando con curiosidad a aquella criatura toda ingenuidad y toda gracia.

—No sé cómo explicarle... Mire, entre estas paredes soy sólo una alumna, una niña de colegio, una chiquilla sin sentidos... pero apenas salgo de aquí y veo la vida a mi alrededor y veo el mundo y siento como los otros y quisiera ser... no sé, como son los demás, gentes que vibran y aman y sufren y gozan... y sueño... y dejo de ser una niña para convertirme en una mujer, en un ser humano con todas sus pasiones, sus desfallos, sus luchas y sus triunfos...

—¿Aaf, todo lo que dice la carta no es más que producto de su fantasía?—pregunta Esteban, que siente ensancharse su corazón.

—Todo lo que dice la carta es mentira... menos una cosa... La sola verdad que hay en ella es que... estoy enamorada... — confiesa María con ingenua sencillez—. En mis sueños yo estrecho al hombre amado entre los brazos y parece que vivo aquellos momentos... Si, esto es verdad... pero yo no he hecho nada de eso... Soy inocente de lo que se me imputa... porque yo creo que amar no es pecado... ¿verdad, señor Director?

—No, no es pecado... ¿Y quién es él?

—¡Oh, no me lo pregunte!—exclama la chiquilla, poniéndose en pie, li-



Año Mafé es la que coloca todos los días flores en el despacho del Director.



Todas están suspensas de la palabra del maestro.



—¿Reconoce usted este carro?



—Si no me equivoco, tiene usted diez y nueve años, ¿no es cierto?



— ... usa "rouge" ...



—Yo le explicaré todo, pero a la señorita Ana...



—No, María, no me río. Son torneros que muchas veces nos dejan una herida muy honda, tan honda que jamás se cicatriza.



—Mario es tan inocente como yo mismo.



—Quiero quedarme aquí para siempre, así como estoy ahora,
amparada y protegida por usted.



Ana mira a Esteban con sus grandes ojos húmedos de cariño.



— ¿usted conoce el por qué de todo y de quién está enamorada...



— Quizá aún soñaré más cosas... Pero ninguna será tan bonita como la que he vivido!



Maria sonríe y apoya su cabezita enojadada sobre el hombro de su amado.



—Las niñas de mi edad reflexionan más de lo que se imaginan los caballeros formales como tú.



Maria, mírame, déjame que te vea los ojos...



Maria ha entrado y Esteban Dominik, que se ha detenido un momento antes de entregarle el diploma.

gera como un gamo—. No podría decirlo...

—Está bien, si se niega a decir el nombre de él se confiesa usted culpable... Tendrá que comparecer ante el Consejo de disciplina esta tarde, a las cinco.

Y sin añadir palabra María sale precipitadamente de la habitación y corre a llorar su vergüenza y su dolor en el último rincón de su dormitorio solitario en aquellas horas.

A las cinco en punto el Consejo de disciplina está reunido. Lo forman todos los profesores de la Escuela, presididos por el señor Director.

—Creo que todos ustedes—dice Esteban Dominik, lentamente—conocen el motivo de esta reunión. Según el reglamento del Colegio todo profesor puede pedir que sea castigado un alumno acusado de alguna falta grave. La profesora Wimmer ha hecho tal petición.

—Y yo me una a la profesora Wimmer—se apresura a replicar Splinder.

—Podía haberlo hecho hace veinte años—dice con socarronería el profesor de la barbilla blanca.

Los demás continúan la risa y Esteban suplica prudencia al Consejo. Se restablece la calma. Esteban sigue diciendo:

—Que se lea el informe sobre María Claudel.

Ana Mathé comienza la lectura:

—En los años 1935 y 1936 María

Claudel ha sido la primera de la clase, su aplicación y su comportamiento no han dejado nada que desear...

—Aquí no se discute la aplicación de María Claudel, sino su conducta personal—interrumpe Splinder.

—¿Qué quieren, que sea ahorcada o simplemente decapitada?—interroga, siempre con sorna, el simpático viejo de la barba blanca y de los ojillos burlescos.

—Todos sabemos bien que la disciplina no es su fuerte, mi querido colega—dice Splinder, mordiendo las palabras.

—Su mujer le debe tratar muy mal, Splinder—afirma el viejo—. He observado que los profesores maltratados en casa tienden a vengarse en el Colegio.

—Por favor, señores, no traten de cuestiones personales—interviene Esteban, que está de parte del profesor viejo, pero que no gusta de discusiones.

—Gracias por el apoyo del señor Director—dice Splinder, que cada vez está más enfurecido—, pero no lo necesito. Semejantes ataques no me alcanzan. Admito que mi mujer es severa conmigo, pero yo también soy severo con ella. Somos una familia severa...

—Creo que eso proviene de las malas digestiones—dice el viejo profesor, al que no le alcanza la ira que enciende a Splinder.

—Sigamos adelante y dejemos ren-

cillas personales—dice Esteban, mirando a Ana para que ésta siga en su informe.

—La única acusación que pesa sobre mi alumna es una carta... sin importancia...

—Si empezamos negando la evidencia... — interrumpe Splinder, que está predispuesto como nunca a la severidad.

—¿Quiere explicarnos el señor profesor cómo ha de hacerse la encuesta sobre el caso?—inquire Esteban Dominik.

—¿Ha sido advertida la familia de María Claudel? ¡No!... ¿Se puede saber por qué?

—La niña no tiene padre y su madre está muy enferma en un Sanatorio...

—¡Vamos, quieren ustedes provocar la compasión y la simpatía hacia la culpable!—exclama Splinder.

—Creo que la acusada sólo es culpable de haber escrito una carta de amor... y esto es cosa estrictamente personal... Si existe una culpable es la persona que ha tomado la carta del cesto—dice el profesor predispuesto a la indulgencia.

—Si la alusión se refiere a mí... — murmura la Wimmer con coraje.

—Quien mete la nariz en la basura no ha de quejarse si siente mal olor...

—Entonces la acusada soy yo... por haber desenmascarado a la alumna que ha contaminado al Colegio...—ruge la Wimmer.

—No tendrá tiempo de contaminar nada, porque dentro de dos días recibirá su diploma y abandonará la Escuela para siempre—interviene Esteban Dominik.

—Parece que al señor Director le interesa más la alumna que el Colegio—dice Splinder.

—Sería una vergüenza, un escándalo para la casa si la expulsásemos antes de final de curso—afirma Esteban, que quisiera ver ya terminado el asunto.

—Si puedo dar mi opinión, no es digna de obtener el diploma... La carta prueba que esa niña ha tenido una cita con un hombre en Castillanegro. ¿Qué otra prueba necesitamos? ¿Anaso una fotografía del hecho?

—¡Después de todo la niña tiene diecinueve años! — exclama el viejo profesor que se ha erigido en defensor de la acusada—. A esa edad mi madre había tenido ya dos hijos...

—¿En el Colegio?—inquire horrorizada la señorita Wimmer.

—La naturaleza no repara en sitios...

—Lo que quieren ustedes es impedir que se interrogue a la muchacha—dice Splinder, que no quiere perdonar.

—No se trata de impedir nada. Puesto que insiste proceda usted a las investigaciones que desee—dice Esteban, y hace sonar un timbre para llamar a Antonio, al viejo Toni que hace el oficio de bedel.—Antonio, diga a María

Claudel que comparezca ante el Consejo.

—Un momento—dice Splinder, deteniendo a Toni, que ya se disponía a salir—. ¿Ha observado si por los alrededores del Colegio viene algún hombre a esperar a las muchachas?

—¿Un hombre?... Sí, he visto algunos días a un chico que se acerca a la verja y espera...

—¡Ah... ja!... ¿Y sabe a quién espera?—inquire Splinder, que se cree estar ya sobre la pista.

—Claro está... Espera a la profesora Wimmer—afirma Toni.

—¡Idiota!—exclama ésta con indignación—. ¡Es mi sobrino!

—Yo no he dicho que fuese su novio...—dice Toni, mientras sale de la habitación precipitadamente, para no oír los insultos que la Wimmer le ha de prodigar si los espera.

Toni va a buscar a María, que espera con impaciencia el resultado de la reunión del Consejo.

—Te llaman, pequeña, pero no tengas miedo, no te van a comer—le dice Toni.

María entra en la sala y mira con sus grandes ojos serenos a Esteban Dominik, que le sonríe dulcemente, como animándola. Luego sigue con su mirada a todos los que están reunidos. Sólo dos personas la miran con austeridad: la profesora Wimmer y el profesor Splinder; los demás tienen rostro de

benevolencia, de simpatía, de cariño hacia aquella niña, a la que se va a regañar por una cosa fútil... ¡y tan natural a los diecinueve años!...

—Señorita María—dice Esteban, mirando a la niña—, algunos profesores desean dirigirle ciertas preguntas. Yo le suplico que conteste la verdad, solamente la verdad. Profesor Splinder, puede comenzar su interrogatorio.

Splinder se levanta y se acerca a María, que le mira un poco asustada y un poco burlona, pues siempre ha sentido desprecio hacia aquel hombre, que todo quiere llevarlo a punta de lanza.

—Si no me equivoco tiene usted diecinueve años, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Es usted francesa?

—Sí, señor.

—¡Ah!...—exclama Splinder, como si la nacionalidad fuera un crimen—. Y le gusta la compañía de los muchachos, y le gusta bailar, y le gusta divertirse, ¿no es cierto?

—Sí, como a todas mis compañeras.

—afirma María, que no pierde su aplomo.

—¿Usa usted perfumes?—pregunta Splinder mientras olfatea el aire como un perro de presa.

—No—niega María.

—¡No mienta! Tengo buen olfato. Debe saber que los perfumes están prohibidos en la Escuela.

—No es perfume—afirma la niña.

—¿Qué es, entonces?

—Jabón.

—¡Ah, jabón perfumado!... Luego es verdad que le gustan los perfumes... Deme usted su pañuelo, profesora Wimmer—dice Splinder, y tomando de manos de la profesora el pañuelo lo pasa por los labios de María—. ¡Vean... también usa rouge! ¡Y está prohibido por el reglamento!

—Pero todo esto, profesor, no tiene nada que ver con el asunto que nos ha reunido—dice Esteban—. Haga el favor de empezar el verdadero interrogatorio... Todo eso no son más que pequeños detalles...

—Pequeños detalles que nos hacen conocer el carácter de la acusada. Bien, sigamos el interrogatorio. ¿Recuerda usted el último día de campo? ¿Recuerda usted haber estado en el pueblo con sus compañeras?

—Sí.

—¿Y recuerda que se separó de sus compañeras?

—Sí... es que yo...

—Diga la verdad—insiste Splinder, sin dar tiempo a que la niña conteste.

—Si no me deja hablar...

—No le tolero ese tono de voz... Usted se separó de sus compañeras y se fué hasta Castilnegro... y allí se encontró con un hombre.

—No es verdad—replica prontamente María.

—Profesor Splinder, interroga usted

de una manera despiadada—interviene Ana, que siente una gran simpatía y una infinita compasión hacia la pequeña.

—Ya que la acusada se niega a contar lo que sucedió en Castilnegro, reconstruiré yo la aventura. Usted fué a Castilnegro porque tenía una cita. Se reunió en el bosque con un hombre, buscó la espesura de los árboles, donde no pudieran llegar las miradas indiscretas... Estaba usted sola con un hombre... y en el ambiente flotaba la dulce y enervante primavera... Él la tomó en sus brazos, la besó apasionadamente...

—¡Oh, no siga, no siga!—gime María, tapándose el rostro rojo de vergüenza—. Todo esto es falso, es falso... no quiero escucharlo. ¡Basta ya!

—¿Cómo se atrevió a hablar en ese tono?—pregunta Splinder, indignado.

—Porque le odio a usted—dice María, descubriendo su rostro y mostrando una expresión de ingenuo reproche—. Le odio como le odian todas mis compañeras, porque usted nos atormenta a todas con sus exigencias y porque no es usted más que un viejo bilioso e impertinente.

—Pido una reparación.

—Ha merecido usted este vapuleo—le dice Esteban en voz baja a Splinder.

—Luego, ¿defiende usted a la niña? ¡Pues ya veremos quién vencerá!... Quiero llegar al fondo de toda esa cuestión. Mandaré llamar a su madre.

—¿A mamá?—pregunta María con lágrimas en la voz—. No, no digan nada a mamá...

—Le leeremos su carta...

—No, no... a mamá no...—dice diciéndole la chiquilla que ha sido herida en su punto más sensible—. Yo no quiero que mamá sepa... que mamá sufra por mí... Mamá está muy enferma y tiene fe en mí, me quiere mucho, no tiene a nadie más que a mí... Se lo ruego, señor, no digan nada a mi madre. Mamá también estudió en esta Escuela y su nombre se recuerda aún hoy con cariño. Ella no soñaba más que en que yo me graduara aquí, donde ella se había graduado, y que me portara bien como se había portado ella para que todos me quisieran bien, como la querían a ella... Si ahora me expulsan ustedes del Colegio, mamá se morirá del disgusto... Yo me marcharé del Colegio, si ustedes me lo consienten, pero no me expulsen, déjenme graduarme... Se lo ruego, señor Director, concédame esta gracia, sólo por mí, por mi madre a la que usted conoce tan bien...

Esteban Dominik, Ana Mathé, el profesor viejo de los ojos pícaros, todos los demás profesores están emocionados ante la amargura de aquella chiquilla; todos menos la Wimmer y el bilioso Splinder.

—No podemos dejar que las palabras de la acusada influyan en nuestro ánimo—dice Splinder—. El caso es de-

masiado grave y es preciso dar un esarrollo. Su madre tendrá que venir a la Escuela y será informada de lo ocurrido.

María se queda unos momentos en silencio, reflexionando. Ha notado que la mano de la señorita Ana Mathé ha cogido la suya y se la estrecha con cariño, como uniéndose a ella, como ofreciéndole su apoyo. María fija los ojos en los ojos de Ana y ve en ellos el amor, la ternura, la comprensión.

—Está bien—dice—, lo explicaré todo... pero no en público... Se lo explicaré a la señorita Ana... Ella me comprenderá...

—Esto no puede ser, no figura en nuestro reglamento—insiste Splinder—. Además, creo que no hay necesidad de más explicaciones. María Claudel se confiesa culpable desde el momento que quiere hacer confesiones a solas a una mujer... ¿Por qué ha de ser a su profesora particular y no a todo el claustro de profesores?

—Precisamente por eso, señor profesor, porque soy una mujer...—dice Ana con dulzura.

—¿Por qué no consentir?—dice Esteban—. ¿Qué mal hay en ello? La señorita Mathé nos informará de lo que María Claudel le cuente.

A regañadientes asienten Splinder y la Wimmer. María y Ana salen del salón de reuniones y van a una salita aneja. Ana se sienta al lado de María.

la acariciaba con ternura de hermana mayor y le dice suavemente, dulcemente:

—Ahora ya no soy tu profesora, María, soy una amiga dispuesta a comprender todo cuanto haya podido pasarte... porque también yo soy mujer y también he tenido mis debilidades...

—Gracias... pero es que... también es difícil decirsele a usted—murmura María, bajando la cabeza y fijando la vista en el suelo, sin atreverse a la confesión.

—Sea lo que sea, María, ten valor; a mí me lo puedes decir todo... Yo no iré a contárselo a ese cascarrabias, te lo prometo—dice Ana, sonriendo para dar ánimo a la pequeña.

—Dígame, señorita Ana... ¿he hecho mal escribiendo lo que he escrito?... ¿Es pecado amarle como yo le amo?...

—¡Eres tan niña!—suspira Ana.

—¿Niña?... Quizá sí, pero le amo... En la carta expresaba mis sueños, mis deseos, mis esperanzas... Escribiéndola me parecía que todo aquello era verdad... Yo no sé si usted podrá comprenderme... pero cuando se ama, se espera, se espera la dicha y aunque sea algo imposible se sigue esperando, esperando siempre...

—¡Esperando siempre!—suspira de nuevo Ana con un hondo suspiro de amargura—. Sí, hija mía, se vive de esperanzas, lo sé... y tiene algo de doloroso y de muy bello al mismo tiempo vivir así...

—¿Verdad?—dice la niña, abriendo mucho sus ojos ingenuos y mirando ya a Ana sin recelos—. A él no podría decirsele, pero sabía que usted me comprendería. ¡Es usted tan buena! Ya sé que todo esto le parecerán tonterías que la harán reír, como reiría él si lo supiera...

—No, María, yo no me río... Son tonterías que muchas veces nos dejan una herida muy honda, tan honda que jamás se cicatriza.

—¿Y me ayudará usted? ¿No se lo dirá al profesor Dominik? ¿No le dirá que es él a quien yo amo con toda la fuerza de mi alma? Usted me comprende, ¿verdad, señorita Ana? ¿Verdad que Esteban es digno de ser amado como yo le amo?

—Sí, sí... No llores... todo se arreglará...

—¿No dirá usted nada a nadie?

—No... es un secreto que quedará entre nosotras dos—dice Ana, que siente que su corazón se desgarró con un doloroso desgarramiento.

—¿No está enfadada conmigo, señorita Ana?—inquiere María, que ve cómo se ha demudado el rostro de Ana y que no acierta a comprender aquel cambio de expresión.

Ana hace un supremo esfuerzo, sonríe con dulzura, acaricia a la niña:

—¿Enfadada contigo porque te has enamorado de Esteban? No, María, no; no estoy enfadada...

Ana quisiera también confesar ahora a aquella chiquilla su amor, sus años de esperanzas y de ilusiones, sus horas de soledad y de amargura, sus ensueños y sus desesperanzas... pero comprende que debe callar, que no tiene el derecho de atormentar a un alma que despierta a la vida, que no es ella la que ha de desvelar a ese espíritu envuelto ahora en la maravillosa belleza de la esperanza y de la ilusión, y besando a la niña en la frente sale del saloncillo con el alma entristecida por una nueva tristeza, por la tristeza de comprender que los años han pasado para ella, que la vida se le ha escapado por entre los dedos gota a gota llevándose en cada una de ellas un pedacito de su propia felicidad.

—¿Qué consecuencia ha sacado usted de la entrevista?—pregunta Splinder cuando Ana entra en la Sala del Consejo.

—Que es tan inocente como yo misma—responde, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

—¿Inocente?... ¿Y cómo explica entonces el contenido de la carta?

—Señor Director, María ha escrito una carta poética a un amor imaginario... Todo ha sido producto de una imaginación de diez y nueve años que despierta a la vida... Este es todo su pecado... María no ha hecho nada malo, créame, señor Director.

—Lo creo, señorita Ana—afirma Esteban.

—¡Pues yo no!—exclama Splinder, mientras la Wimmer asiente a aquella exclamación—. Y llevaré el caso al Consejo superior y será llamada la madre de la niña para ponerla en antecedentes.

—Como usted quiera—dice Esteban con disgusto—. Nosotros damos nuestro Consejo por terminado.

* * *

María sabe que quieren llamar a su madre y esto es lo que ella ha de evitar a toda costa. Desolada llora entre los brazos de sus compañeras que en vano tratan de consolarla. Lloro desde que ha terminado el Consejo. Lloro desde que ha oído a través de la puerta entrecabierta de la Sala del Consejo que Splinder está dispuesto a llevar hasta el fin aquel asunto y decidido a llamar a su madre. Y María sabe que su mamá no soportará aquel disgusto y no se consuela de haber escrito aquella carta que no puede explicar, porque no quiere decir a nadie que se ha enamorado de Esteban Dominik.

Ha llegado la hora de la cena. La señorita Wimmer agrupa a las muchachas para acompañarlas al comedor. Las hace formar y, precedidas por ella, van a paso militar por los amplios pa-

ellos de la Escuela hasta el refectorio. Sólo María no acude a la cena. Se ha quedado llorando en un rincón, sin que nadie la vea. Llorando con toda la amargura de su alma inocente y buena.

Ha pasado la cena, ha pasado la hora de recreo y la de estudio y se han rezado las oraciones de la noche. María no aparece a ninguno de estos actos.

Ana Mathé acude al despacho de Esteban Dominik.

—Estoy inquieta por María—le dice—. La he dejado nerviosa, excitada, triste... No ha ido a cenar ni se ha reunido con sus compañeras en el recreo ni en el estudio... La he buscado y no la encuentro en toda la casa... Tengo miedo, Esteban...

—Hay que buscar a esa niña—dice Esteban con un arranque que Ana no le había visto nunca—. No podemos dejarla sola en su tragedia interior... Hay que buscarla y buscarla rápidamente.

Salen los dos del despacho, preguntan, indagan, buscan por toda la casa llamando a voces a la niña, que no responde.

—¿Buscan a María?—pregunta Toni—. La he visto salir, hace mucho rato, por la puerta del jardín. Iba llorando como una Magdalena.

—¿Por qué no la has detenido?—inquiere el señor Director mientras toma su impermeable y su sombrero de agua.

—¿Y quién soy yo para detenerla? ¿Acaso soy un policía?... ¡Bastante han martirizado ustedes a la pobre criatura!...

Esteban no ha escuchado ya las palabras del viejo Toni y se ha lanzado al jardín a pesar de la tormenta espantosa que hay esta noche. Corre a través de las avenidas, sale al bosque, llama a grandes gritos a la niña:

—¡María!... ¡María!... ¡María!...

Pero su voz se apaga en el ruido de la lluvia torrencial, del viento que silba entre los pinos frondosos, de los truenos que destruyen los tímpanos... Esteban aprovecha la luz de los relámpagos para consultar a la oscuridad que parece querer tragarse a la desaparecida. Y sigue corriendo infatigablemente, decidido a dar con la niña o a morir con ella. No puede, no debe, no quiere perder a aquella chiquilla encantadora que ha estado a su lado cuatro años y en la que no se había fijado bien hasta ahora que la ha perdido.

María corre también, empapada en agua, el pelo pegado a las ajenas, la ropa chorreando, las piernas fatigadas por aquella lucha contra el viento y por la angustia que le atenaza el alma.

En la Escuela todos los profesores atisban a través de los grandes ventanales, mirando a la noche que ha de traerles la certidumbre de lo que hayn podido ocurrir a María. Los relámpa-

gos se suceden ininterrumpidamente y Ana Mathé mira hacia lo infinito con una angustia que no puede disimular.

—¡Con el miedo que tenía a las tormentas!—murmura, pensando en María—. La niña ha baido por culpa nuestra y sólo nosotros seremos los responsables de lo que pueda pasar...

—Es inútil hacer melodrama, señorita Ana—dice Splinder que no se siente predispuesto a la compasión ni aun en estos momentos de angustia general.

—¿Y se atreve a hablar después de lo que ha hecho?—le dice Ana con voz que encierra mil reproches—. Nosotros hemos de educar a estas muchachas, prepararlas para la vida, ayudarlas en sus primeros pasos y en sus primeras experiencias personales... ¿Y qué hemos hecho? Atribuirle cosas que no conocía siquiera... Hemos encontrado culpa donde no existía, la hemos hecho ver la maldad descarada de las cosas en lugar de envolverla en la dulzura de la comprensión. Y María huye de aquellos en quien debía haber confiado... Está sola, asustada, en peligro... ¡Y en esta noche tan cruel!... ¡Oh, Esteban!—grita de pronto, sin poder contener la exclamación, ante un rayo que ha rasgado las tinieblas y que ha caído allí, junto a la casa, desgajando un árbol milenario.

—¿Esteban?—murmura Splinder—. ¡Ah, ahora comprendo la causa de su ansiedad, señorita Ana!... ¿Le inquieta

la suerte de quién? ¿De ella... o de él?...

Ana no piensa lo que hace, pero descarga un tremendo bofetón sobre la mejilla de Splinder.

—¡Oh, tendrá que pedirle disculpa!—dice el profesor, mordiéndose con ira los labios.

—¿A usted? ¡Jamás!... Es usted un ser cruel, vengativo, perverso... y yo sé lo que se merece: el odio de toda la humanidad...

Y Ana va a encerrarse en su habitación para llorar a solas todo su dolor.

Esteban sigue corriendo a través de la oscuridad. Un relámpago, el mismo que ha hecho tan honda impresión a Ana, le ha hecho ver a él la figurilla frágil de María que corre hacia el abismo sin darse cuenta de que va certeramente a la muerte. Esteban apresura su paso, llama, pero su voz se pierde en el vacío, corre desesperadamente y llega a punto para tomar en sus brazos a la niña cuando ya sólo faltan unos pasos, muy pocos, para que la figurilla graciosa desapareciera en la sima de un precipicio.

María está desmayada de fatiga y de frío. Esteban la mete en la cabaña de un labrador que les atiende con cariño y simpatía, porque conoce desde hace muchos años, desde que la Escuela fué creada por Esteban Dominik, al señor Director, que siempre ha tenido con él muchas atenciones.

—Pase, pase—le dice, mientras aviva el fuego de la chimenea—. Aquí podrán secar sus ropas... ¡Si vienen calados!... Un traguito no les irá mal ni al señor Director ni a la niña.

Esteban deposita la suave carga sobre un sofá, le frota las sienes, la obliga a beber un vasito de coñac, le coloca bajo la cabeza más almohadones para que esté mejor, la envuelve en las mantas que el guarafabosque le entrega.

—Telefóneee al Colegio y diga que manden en seguida un coche—le dice.

—Tengo el teléfono estropeado. La tormenta ha debido tocar algún cable—replica el hombre.

—Entonces, vaya al pueblo y llame desde allí. Es preciso que nos vengan a buscar inmediatamente.

—Bien, señor Director—replica el guarafabosque—. Y envolviéndose en su capote de lluvia sale al campo en dirección al pueblo.

En la cabaña quedan solos Esteban y María que ha abierto los ojos, ha visto cerca suyo el rostro de Esteban y ha sonreído dando un hondo suspiro de satisfacción.

—¡Qué bien se está así!—ha dicho la niña, entornando los ojos y mirando de nuevo a Esteban.

—¿Se siente usted bien?—pregunta él, arropándola mejor con la manta.

La niña coge la mano de Esteban, la lleva a su rostro, apoya en ella su mo-

jilla fría aún y mojada por la lluvia, y sonríe en silencio, brillantes las pupilas, emocionado el corazón.

—Pronto vendrán a buscarnos, María—dice él, para romper aquel silencio que comienza a emocionarle a él también.

—No quiero que vengán a buscarme... no quiero volver allá... Quiero quedarme aquí para siempre, así como estoy ahora, amparada y protegida por usted... Aquí estamos como fuera del mundo... ¡y es tan bonito estar cerca de usted, sentirse protegida por usted, verle tan amable y tan atento a mi lado!...

Y la niña sigue frotando su rostro contra la palma de la mano de Esteban que siente como si un calorífico le recorriera todo el cuerpo y le suhlara a la garganta como una extraña angustia que le da ganas de llorar y que al mismo tiempo le hace sentir una felicidad hasta entonces desconocida.

Un largo silencio se hace entre aquellos dos seres. María no quiere hablar, no puede hablar, porque se siente demasiado dichosa para turbar aquel momento divino. Esteban no sabe cómo dirigirse a aquella niña a la que siente suya, completamente suya y a la que teme un poquillo porque se siente dominado por ella, tan niña, tan frágil, tan inocente, tan buena...

Esteban sigue el hilo de sus pensamientos. Se acuerda de todo el inciden-

te que les ha traído a los dos a esta cabaña de guardabosque y mira a María con una mirada interrogadora, con una mirada en la que hay un poco de curiosidad y un mucho de pena, y, como si hablara consigo mismo, dice en voz alta:

—¿Quién era aquel hombre?

—¿Qué?—pregunta la niña, que estaba soñando y que no comprende bien lo que el señor Director le quiere preguntar.

—Dime, María, ten confianza en mí... ¿quién es el hombre al que has escrito la carta?...

María rodea con sus brazos el cuello de Esteban, fija en sus ojos sus pupilas claras y serenas, y le contesta en un susurro:

—Tú...

—¿Yo?... ¿La carta era para mí?... —interroga Esteban que no sale de su asombro.

—Sí, Esteban... estoy enamorada de ti desde... desde siempre... ¡Oh, dime que me quieres, Esteban, dime que me quieres mucho!

Esteban besa la frente de la niña, le acaricia el pelo, la mira como cosa sagrada y maravillosa y le dice, dulcemente:

—Creo que también yo te he querido siempre, María... Pero te veía como una niña y no me atrevía a mirarte como a una mujer...

Le besa ahora los labios. Acaso es la

primera vez que Esteban Dominik besa los labios de una mujer. No ha tenido tiempo para dedicar al amor. Se puso a estudiar siendo muy niño y ha dedicado al estudio los mejores años de su vida. No se ha fijado hasta hoy en que la vida tiene algo más interesante que la Historia, algo más bello que la Literatura, algo más grandioso que la Ciencia... ¡El amor que todo lo embellece y todo lo dignifica!

—¡Oh, Esteban, Esteban!—murmura María, embriagada por aquellos momentos tantas veces soñados y jamás sentidos—. ¡Te quiero apasionadamente!...

—¡Niña mía!... —replica Esteban, abrazando fuertemente a aquella chiquilla a la que no quisiera tener que abandonar nunca.

Unos golpes dados en la puerta les saca de su éxtasis. Es Toni que viene a buscarlos en el automóvil del Colegio. Esteban despierta de su maravilloso sueño y vuelve a la realidad.

—Es preciso marcharnos —dice. Y ayuda a María a subir al coche bien envuelta en las mantas que les ha prestado el guardabosque.

María sonrío con toda su ingenuidad infantil. La noche ha aclarado. Pasada la tormenta brilla la luna por entre los nubarrones negros y oscuros que aun campean por el horizonte como si no quisieran darse por vencidos y trataran de devorar al astro nocturno. La

tierra hace a humedad y las hojas de los árboles gotean agua todavía.

El auto se desliza veloz por los senderos del bosque. María va apoyada en el hombro de Esteban que se está muy quieto, muy quieto para no molestar a la chiquilla y porque le produce un extraño bienestar sentir sobre su cuerpo el peso del cuerpo de la criatura a él confiada. ¡Oh, si aquella excursión no acabara nunca!... Esteban suspira hondamente y María le recompensa aquel suspiro con una larga mirada de agradecimiento y de amor, porque en su intuición femenina ha comprendido que aquel suspiro iba directo a su corazón.

En la Escuela les está esperando Ana que es la única que no ha podido acostarse mientras no se sepa algo seguro de Esteban y de María. Ha sido ella la que ha despertado a Toni para que fuera a buscarlos y en ella la que espera, pues quiere convencerse de que los dos llegan bien, de que ni él ni ella han sufrido ningún accidente grave en aquella noche tormentosa y angustiada.

—Ana, ocúpese de María—dice Esteban, entregando a la profesora la niña que aun tiritaba, pero que no tiritaba de frío, sino de emoción.

—Sí, Esteban... Pero también está usted charreando agua—replica Ana, que mira a Esteban con sus grandes ojos húmedos de cariño.

—No, yo estoy bien... María es la

que necesita ser cuidada con esmero.

—La cuidaré, Esteban... Pero usted debería tomar un baño muy caliente... Después del remojón que se ha dado en esta noche tan fría... ¿Quiere que le prepare alguna tisana?

—Prepárenla para María... Yo no necesito nada, se lo aseguro—replica el Director, que no tiene ojos más que para María y que no sabe comprender cuánto amor encierran las galafiras suaves y solícitas de Ana.

—Vamos, María—dice Ana, cogiendo a la niña por la cintura y ayudándola a subir las escaleras.

—Buenas noches, María—saluda Esteban desde el hall.

—Buenas noches, Esteban—contesta la niña, dedicándole una larga mirada y una cariñosa sonrisa.

Ana baja los ojos para que no sorprendan el brillo de lágrimas que hay en ellos y procura sonreír para que ninguno de los dos, que hoy son tan felices, conozca toda la tristeza en que se envuelve su alma.

—¡Ana!—llama el señor Director, cuando ya están en lo alto de la escalera.

—¿Me llama, señor Director?... María, espérame en la sala C. Allí está encendida la chimenea y estarás muy confortable. Subo en seguida.

Ana baja presurosa y se reúne a Esteban con solicitud casi maternal.

—¿Qué me quiere, señor Director?

Esteban juega con sus dedos nerviosamente, sin atreverse a decir lo que quiere decir; está azarado como un colegial.

—Entonces... — murmura — usted conoce el porqué de todo...

—Sí, Esteban.

—¿Y sabe de quién está enamorada?

—Y sé de quién está enamorada... — repite Ana, haciendo un esfuerzo supremo para sonreír y para no estallar en llanto.

—Lo que no comprendo es que haya querido decirse a usted y no a mí... Ésta a mí a quien debía haberla dicho primero... ¡Oh, qué enigma es la mujer!

—Sí, Esteban, qué enigma tan grande es la mujer enamorada... Nunca podrá comprenderla un hombre... ¡Nunca!

—Es verdad, Ana... Los hombres entendemos poco en esas cosas... Y yo menos que ningún hombre... Yo soy ya casi viejo, Ana, insignificante, poca cosa... No comprendo cómo esa chiquilla ha podido enamorarse de mí...

—Será usted muy feliz con ella, Esteban, y yo así se lo deseo... María es la muchacha mejor que ha pasado por la Escuela... Ella sabrá hacerle feliz, muy feliz... —dice Ana, con un dejo hondamente amargo que Esteban no sabe apreciar.

—Sí, es una muchacha muy buena... Pero no es ya una muchacha... es una

mujercita formal y dulce... es... no sé cómo decirlo... no sé cómo expresar lo que siento—murmura Esteban, que quisiera hacer a Ana toda clase de confidencias.

—¿Para qué querer explicar lo que se siente, Esteban? Son cosas que se explican solas... El amor es así... Nadie puede impedir que sea así, porque sí, sin explicaciones, sin lógica, sin razonamientos... El amor que razona ya no es amor...

—Es verdad, Ana... ¡Qué buena es usted, y qué comprensiva!... Vaya, vaya a cuidar a mi chiquilla... Buenas noches, Ana.

—Buenas noches, Esteban.

Ana vuelve a subir la escalera. Su alma está desgarrada por todos los dolores, por todas las decepciones, por todas las amarguras de su sensibilidad de mujer. Comprende que todas sus esperanzas han quedado desvanecidas de un solo soplo. Que Esteban no ha sido nunca capaz de comprender el tesoro de ternura y de amor que lleva escondido en lo más íntimo de su corazón, que nunca, nunca será lo que ha soñado tantas veces, lo que la ha hecho vivir hasta hoy, lo que la ha animado y la ha fortalecido en sus ratos de desfallecimiento... Ahora ya no tiene nada que la haga vivir, y, sin embargo, es preciso seguir viviendo, seguir estimulando, seguir amparando en silencio a aquel hombre al que ama con toda su apa-

sionada ternura y cuya felicidad desea sinceramente aunque sea a costa de su propia desdicha...

Ana ayuda a María a meterse en la cama. Le prepara un tazón de caldo muy caliente para que la haga entrar en reacción y se lo va dando a cucharadas con paciencia maternal.

—Vamos, otra cucharadita más... Es preciso tomar algo... No has comido nada en todo el día.

—¡Oh, no tengo apetito!—murmura María, que se siente tan llena de felicidad que quisiera poder vivir únicamente de sus pensamientos.

—Aunque no tengas apetito has de tomarte el caldo... Si no lo haces, Esteban se va a enfadar.

—¡Oh, Ana, quisiera saber porqué no se consigue tener apetito cuando se está enamorada!—sonríe María, mientras hace un esfuerzo para sorber el líquido.

—Dentro de un año o dos te volverá el apetito—replica Ana, sonriendo con ternura—. Y ahora a dormir como una niña buena.

—Sí, Ana, quiero dormir... porque así voy a soñarlo todo otra vez... Quizá aun soñaré más cosas... ¡Pero ninguna será tan bonita como lo que he vivido!... ¡Si hubiera visto qué dulce era su mirada!... ¡Si supiera qué suaves eran sus besos!... Me besaba como a una imagen a la que se venera... Me abrazaba con una ternura tan grande...

—¡Basta, María!—interrumpe Ana con acritud, porque ya no puede más.

—Perdóneme, señorita Ana... Hablo demasiado y la fatigo, ¿verdad?

—No, hijita, no... perdóname tú a mí... No debía haberte hablado con tanta dureza, tan bruscamente... Es natural que tú no quieras hablar más que de él... Pero hay tantas cosas que tú todavía no puedes comprender...

—Ana, debe estar usted muy cansada... No ha dormido usted en toda la noche esperándonos... Y nosotros no sentimos la fatiga porque hemos estado juntos y hemos sido muy felices, intensamente felices... ¡Pero usted ha estado tan sola toda la noche!

—¡Tan sola!... —replika Ana como un eco—. Pero no importa, yo estoy acostumbrada a la soledad.

—¡Qué buena es usted, señorita Ana!... ¡Se ha tomado tantas molestias por mí!...

—No pienses en eso, chiquilla... Yo lo que quiero es vuestra felicidad... Vamos, duérmete, duérmete... Ha pasado ya la tempestad... Mañana hará un día magnífico.

—Sí, Ana, mañana será un día esplendoroso... Mejor dicho, para mí el día esplendoroso ha comenzado hoy... ¡Oh, Esteban, Esteban, qué cara pondrían la Wimmer y Splinder si supieran que aquella carta iba dirigida a ti!...

María ha ido cerrando los ojos, arru-

llada por sus sueños, y se ha dormido placidamente. Ana ha podido entonces desahogar su amargura y ha llorado mucho tiempo con lágrimas que le queman los ojos y le desahacen el corazón. ¡Esteban ama a otra mujer y ella no tiene derecho a protestar! ¡Esteban no ha visto que ella le ha amado siempre, siempre, siempre desde que le conoció! ¡Esteban ha estado ciego y ella también, porque no ha sabido ver hasta hoy que el profesor Dominik no la quería más que como colaboradora de trabajo y no como mujer!

Su alma femenina sufre lo indecible ante aquella convicción. Ella, que ha soñado durante tantos años en la felicidad, ve que ahora otra mujer le roba la parte de dicha que a ella le tocaba. Y lo más doloroso es que no puede culpar a esa chiquilla que hoy la hace desgraciada, porque la niña no ha sospechado ni un solo momento el amor de Ana hacia Esteban Dominik. Ana llora amargamente. Ana siente un dolor profundo en su corazón. Para ella sabrá sobreponerse a su pena, sabrá desaparecer del horizonte de Esteban y de María, sabrá huir lejos, donde no le alcance la dicha de la pareja feliz, dicha que ella desea artificialmente, pero que la hace sufrir demasiado para poderla soportar.

Para Esteban Dominik ha comenzado una vida nueva, una vida que tiene el encanto inesfable de lo desconocido. Ama y es amado y para él el mundo acaba de nacer.

A la mañana siguiente, cuando ya el día ha despuntado, se levanta y se acerca a la ventana a soñar en su chiquilla amada, en aquella criatura a la que él ha mirado siempre como a una niña y que en la pasada noche le ha hablado como una mujer. Está ansioso por volverla a ver y espera con impaciencia que la mañana vaya adelantando para encontrarse de nuevo ante su bien amada.

—Casi no puedo creerlo, María—lo dice, estrechándole fuertemente la mano porque no se atreve casi a tocarla por temor a que se desvanezca como una aparición—. Casi no puedo creerlo...

María, que ha entrado en el despacho del señor Director para darle las buenas días y para empaparse en la luz de sus ojos, sonríe y apoya su cabecita encoñadora sobre el hombro de su amado.

—No lo crees... pero es verdad.

—María, eres deliciosa... Hay momentos en que quisiera pedirte que nos casemos lo antes posible... pero no me atrevo. Te doblo la edad... Una diferencia de diez y nueve años entre los dos puede ser un muro infranqueable dentro de algunos años... ¿Has pensado en

ello? ¿No tienes miedo a arrepentirte de lo que hoy puede ser una chiquilla y mañana puede convertirse en una tragedia?

—Esteban, te amo—murmura la niña, que no sabe más que repetir aquella frase inacabablemente.

—Hoy me amas, pero mañana yo seré un viejo y tú serás todavía una muchachita... ¿Has pensado en esto, María, di?

—Las niñas de mi edad reflexionan más de lo que se imaginan los caballeros formales como tú. Lo he pensado muchas veces...

—¿Y qué te has dicho?

—Que los años no cuentan cuando se quiere de verdad y que la vejez no existe cuando hay en el corazón mucho amor y mucha ternura en el alma.

—Así... ¿te casarías conmigo?

—Claro que sí... ¡Si no he estado soñando en otra cosa desde que te conozco!—exclama la niña, que habla con todo su ingenuo candor.

María abraza a Esteban con un abrazo apasionado. La chiquilla se entrega tal cual es, en toda su vehemente pureza y en todo su entusiasmo inocente.

—Hasta muy pronto—le susurra a Esteban al oído—. Me voy a dar clase. Pasado mañana son los exámenes y quiero salir triunfante de ellos para que veas que no soy una niña tonta que sólo sabe escribir frases de amor...

La chiquilla sale corriendo del des-

pacho del Director que sigue mirando por la ventana la bella campiña que se extiende ante sus ojos, soñando en todo lo que María acaba de decirle y que a él le suena como la más bella de las músicas.

Pocos momentos pasan cuando entra el profesor de la habba blanca, el viejo profesor que siente una profunda simpatía por el Director y que ha encontrado en la Escuela una especie de hogar que suple bastante bien al hogar que él, solterón empedernido, no ha sabido formar.

—Buenos días, doctor Dominik. Pasado mañana es el gran día, día de fiesta y de despedidas... Las chicas recibirán su diploma y se marcharán hacia otros horizontes a los que nosotros no las podremos seguir... Para ellas representa sólo la puerta de la vida que se abre... y para nosotros representa un año más que se va para no volver, un año más que nos acerca al fin de todos los males y de todos los bienes...

—Mi querido colega, está usted hoy un poco romántico...

—Todos los fines de curso siento como si algo muriera en mi alma. ¡Qué quiere, Dominik, lo triste no es volverse viejo, sino precisamente todo lo contrario; lo triste es no envejecer jamás... conservar el espíritu eternamente joven, mientras la carne va dejando en los senderos de la vida toda la juventud!...

—Es verdad... Por eso hay que saber

aprovecharla, porque la juventud no vuelve a encontrarse nunca más... Por cierto, mi querido amigo, quería decirle una cosa... Quiero que sea usted el primero en saber...

—¿Bien?—inquire el viejo profesor, animando con la mirada al director para que siga en aquello que parece una confesión.

—Creo que voy a casarme—dice Esteban, sin mirar directamente a su interlocutor, como si estuviera un poco avergonzado.

—¿De veras? ¡Mi más cordial felicitación, Esteban! No puede imaginar cuánto me alegro de esta noticia...

—Gracias... Acaso le sorprenda un poco esta determinación mía... Un viejo solterón como yo...

—Amigo mío, siempre se está a tiempo para enmendar un yerro... ¡La campana del Colegio tocará por fin a boda! ¿Y cuándo será el acontecimiento?

—Todavía no lo sé, no he fijado fecha... Quiero pensarlo mejor... ¿No cree usted un poco peligroso que un hombre de mi edad se case con una muchacha tan joven?

—Después de todo no crea que sea tan joven... ¿Qué diferencia se llevan? Pocos años. Y además, Ana es una muchacha excelente...

—¿Ana?—inquire Dominik, sin comprender bien.

Y el viejo, que ha creído haber adelantado la historia amorosa de Esteban

Dominik, dice, riéndose:

—Unun... he descubierto su secreto, ¿verdad? Pues que se decida pronto y que sean muy felices, Ana se lo merece y usted también, mi querido amigo... La soledad no es buena ni para el hombre ni para la mujer, se lo asegura un viejo que toda la vida la ha pasado solo...

Dominik ha vuelto a quedarse solo. Las palabras de su viejo colega le han dejado un poco desconcertado. No comprende por qué ha aludido a Ana al hablar él de matrimonio. Jamás se le ha ocurrido pensar en Ana como en la mujer propia. Ana es una buena camarada, dulce, discreta, trabajadora, callada, que sabe hacer las cosas sin meter ruido, que todo lo tiene siempre presto, que sabe cuándo hace falta y cuándo molesta y que todo lo prevé y en todo piensa... pero no es la mujer que Esteban ha soñado. Claro que Ana se ha desvivido por él y le ha atendido con ternura de hermana; pero Esteban está convencido de que Ana no le ama ni le ha amado nunca.

Esteban, que ha estudiado todas las historias y todas las ciencias del mundo, no conoce nada del corazón femenino, ignora todos sus secretos, desconoce todos sus rincones, no es capaz de adivinar ni la más ligera de sus tonalidades ni el más fuerte de sus matices. Esteban no es el psicólogo del alma femenina. Sólo se deja llevar por

la apariencia exterior, sin adentrarse en los repliegues de las almas, en esos misteriosos repliegues en donde se albergan tantas esperanzas y tantas delusiones... en esos repliegues que son el nido de muchas tragedias silenciosas y sombrías.

El profesor Dominik cree que el amor ha de ser siempre como el de María, todo espontaneidad, todo juventud, todo alegría. María se lo ha confesado sin ambages y sin velos. Se lo ha dicho tal como lo siente, y Esteban cree que todas las mujeres son capaces de hacer lo mismo si es que aman de verdad, sin comprender que el amor es una cosa mucho más complicada que todo eso y que puede manifestarse de mil maneras, que no sea precisamente las palabras las que hacen falta para decir cómo y cuánto se ama.

Esteban Dominik no sabe ver que aquellas flores frescas que encuentra todas las mañanas en los vasos de su cuarto desde el día en que entró en la escuela Ana Mathé, son reflejo del amor de esta mujer; que el aseo, el orden, la limpieza que reinan siempre en su despacho y en su dormitorio se hacen por las manos de una mujer que le ama; que las horas de trabajo y de desvelo que ha sufrido durante todos aquellos años de esfuerzo agotador han estado siempre acompañadas por la sombra de una mujer, por la sombra de Ana Mathé que le ama y que le ha

procurado un ambiente de hogar para que su trabajo fuera más fructífero; que en sus desalientos, en el desamparo moral en que se ha encontrado muchas veces, ha hallado siempre la mano de una mujer que le ha sostenido, de una mujer que le ha alentado, de una mujer que ha tenido palabras de ánimo y frases de valor para dársele a aquél que se acobardaba, y que esta mujer ha hecho todo aquello por amor, sólo por amor...

El amor de Ana, todo abnegación, todo ternura, todo sensibilidad, ha pasado inadvertido a los ojos de aquel hombre que ha estado ciego y que ha necesitado que lo despertara una muchachita que ha sabido decirle con palabras claras que le amaba.

Ana comprende demasiado tarde que su proceder ha sido estéril, que de nada le ha valido desvivirse por aquel hombre, que han sido infructíferas sus horas de paciencia, de cordialidad, sus largas horas de espera y de amor verdadero.

Ha amado mucho la pobre Ana, y mucho ha sufrido su corazón de mujer entregado por entero a aquella dulce angustia del amor; pero hasta ahora la había hecho vivir la esperanza. Cada día que acababa sin que llegara lo ansiado traía una nueva esperanza para el mañana. Si hoy Esteban no había hablado, acaso hablaría mañana... Y si no hablaba, Ana seguía esperando. Le

pedía poco a la vida. Se contentaba con poder estar al lado del hombre amado, con poder ayudarle en su trabajo, con poder atender a todo cuanto a Esteban pudiera hacerle falta. En realidad Ana era para Esteban un poco madre, un poco hermana, un poco amiga... Lo único que no había logrado ser era un poco amada... pero Ana no era exigente, se contentaba con lo que la vida le daba y le parecía ya espléndido regalo no tener que separarse de Esteban, poderle ver todos los días, poder charlar con él con fiadad de todas las cuestiones de la Escuela y de los temas de historia o de literatura que a él más le gustaba tratar.

De pronto todo había cambiado para Ana, porque entre ella y Esteban Domínguez se había interpuesto otra mujer. Ana había podido soportar valientemente la indiferencia de Esteban, pero lo que no podía soportar era verle enamorado de otra mujer... Todo el mundo de sus ilusiones se había derribado ante ella, y era preciso huir de aquel mundo aniquilado para ir en busca de otro que le hiciera olvidar los escumbros que dejaba atrás.

Ana no había dormido en toda la noche. Había velado algunas horas el sueño de María y se había retirado luego a su habitación para llorar a solas todo su dolor. Luego había reflexionado largamente sobre su pasado, su presente y su porvenir y, aunque le

costaba un sacrificio muy doloroso, había tomado una resolución de la que nadie le haría volver atrás.

Estaba decidida, se marcharía de la Escuela y buscaría en otro lugar una ocupación que le permitiera ganarse el pan y que la obligara a distraerse de aquello que la atormentaba con una crueldad jamás igualada.

Ana esperó el día con ansiedad. No quería despertar sospechas en nadie. Se llevaría en silencio su resolución. Pero quería partir el mismo día del reparto de diplomas, en cuanto la fiesta escolar hubiera tenido término.

No se despediría de nadie. No quería que nadie supiera su marcha. No quería que nadie pudiera influir en su determinación ni hacerla volver atrás de aquella decisión heroica que acababa de tomar. Tendría preparadas todas sus maletas y marcharía a la estación aprovechando el bullicio de la partida de todas las colegialas. Cuando en la Escuela se dieran cuenta de su ausencia ya ella estaría a algunos kilómetros de allí.

Pálida, ojerosa, llevando marcadas en el rostro las huellas de su sufrimiento, Ana ha salido a cortar las flores para el despacho del señor Director. No quiere que éstas le falten ni un solo día mientras ella esté allí. Mañana, cuando se marche, otras manos de mujer atenderán a esos pequeños quehaceres... y aquellas manos serán

recompensadas con un beso, con una caricia, con un halago... ¡Ella lo ha hecho tantos años sin obtener más recompensa que las que su cerebro ha querido imaginari...

Como todos los días, arregla todas las cosas que pertenecen a Esteban, las arregla con más esmero, porque sabe que es el último día que lo hace y se entretiene largamente en cada objeto como si quisiera dejar en ellos impregnada la esencia de su amor, de aquel amor callado que lleva en su pecho desde tantos años y que ahora tendrá que arrancar aunque le cueste la vida.

Luego ha vuelto a encerrarse en su cuarto. No quiere ver a Dominik. Tiene no tener valor para mirarle frente a frente sin que él adivine toda la tragedia que pasa por su alma. Se siente asobardada, ella que ha sido hasta ahora tan valiente, ante la posibilidad de ver en el rostro del hombre amado la dicha que le proporciona otro amor. No tiene valor, no, la pobre Ana. Se siente tan pequeña, tan poquita cosa, tan abandonada de todos, ¡tan sola!... Si pudiera desahogar en alguien su pena... Si pudiera encontrar alguien que la comprendiera... ¡Pero no!... Todos se burlarían de ella, de la pobre solterona enamorada de un imposible... ¡Qué ridículo suena aquello a los oídos del que no sabe ni puede comprender lo que pasa por el alma de una mujer que ha acariciado años enteros una

ilusión para verla desvanecerse como el humo en el momento en que parecía poder alcanzarla!

Ana arregla sus maletas. Lo hace con desgana, con tristeza, con un esfuerzo que sólo ella sabe lo que le cuesta. Salir de la Escuela es arrancarse el alma; pero no importa, tiene más valor para hacer aquel sacrificio que para quedarse y ver cada día, a cada hora, a cada instante, la felicidad de Esteban Dominik, felicidad en la que ella no tendrá ninguna parte...

Ana Mathé ha permanecido en su cuarto así todo el día. Sólo ha asistido a su clase para preparar a sus alumnas para el gran acontecimiento de fin de curso. Luego ha salido al jardín y se ha dirigido a la casita de Toni, del viejo Toni que es acaso el único que ha adivinado la tragedia del corazón de Ana.

—Toni—le dice Ana con dulzura—, le agradeceré que mañana se encargue de hacerme llevar las maletas a la estación.

—¿Se marcha la señorita?—inquire Toni con asombro.

—Sí, me marcho, pero no quiero que nadie lo sepa.

Estas palabras han sido oídas por María que pasea por el jardín y que se queda también tan sorprendida como Toni. María sabe que Ana iba a quedarse todo el verano en la Escuela para ayudar a Esteban Dominik en su

sabe qué trabajos. Le extraña la determinación de la profesora y, escondiéndose tras una columna de la terraza, se queda escuchando algunos momentos para ver si descifra el misterio.

—Pero, señorita, yo creí que se quedaba usted toda el verano—dice el viejo Toni, tristemente, pues quiere a la señorita Ana y siente perderla.

—Iba a quedarme, pero lo he pensado bien y me marchó, Toni.

—Pero volverá al empezar el curso—afirma Toni, convencido de que Ana no puede partir para siempre.

—No, Toni, a ti ya te lo puedo decir: me marchó para no volver más—replica, tristemente, Ana.

—¡Pero usted no puede dejar la escuela, señorita Ana!—exclama el viejo.

—Debo dejarla, Toni; no hay más remedio... Quizá pasará el invierno en Viena... o en cualquier otra ciudad... El lugar no me importa, lo que importa es estar lejos de aquí...*

—¡Comprenda!—murmura el viejo, rascándose la cabeza—. Toda la culpa de lo que a usted le pasa la tiene esa pequeña María Claudel que se ha interposto entre el Director y usted...

—Calla, Toni, no digas tonterías.

—Es la verdad, señorita... ¡Después de los años que ha pasado usted amándole en silencio, sacrificándose por él, sufriendo todos sus cambios de humor y ayudándole en todos sus trabajos, ahora viene esa moscañilla y se lo lle-

va para ella tan ricamente, sin esfuerzo alguno...

—Calla, Toni, calla...—insiste Ana, que está violenta y que siente un ansia loco de romper a llorar.

—No calla, no, señorita... Yo siempre he visto bien claro todo lo que le pasaba a usted y creía que él también acabaría viéndolo... Si hubiera abierto un poco los ojos y no los hubiera tenido siempre fijos en los libros, hace muchos años que hubiera sabido apreciar lo que tenía al lado... porque yo estoy seguro, señorita, el señor Director la quiere a usted, pero está ciego...

—No, Toni, Estaban ama a María Claudel.

—¡Bah, eso son cuentos!... ¿Cómo puede haberse enamorado de una niña? Esto no es más que la primavera, exaltaciones que pasan pronto... Yo lo sé, señorita, yo que soy viejo tengo una larga experiencia de la vida... No se aunan bien el ocaso con la aurora... No debe usted marcharse, señorita Ana. El señor Director tiene necesidad de usted.

—Ya no le hago falta, Toni. El ha encontrado otra mujer, ha encontrado a la mujer que le sabrá hacer feliz... Pero yo no puedo seguir aquí. He pasado aquí los mejores años de mi vida amándole y esperando... No puedo seguir aquí en medio de tantas cosas que me le recuerdan, no puedo seguir a su lado viendo que él no tiene ojos más que para otra mujer, no tengo valor para

contemplar de cerca su felicidad, no puedo. Toni, no puedo...

La voz de Ana se ha roto en un sollozo. Tiene necesidad de llorar, de llorar inconsolablemente. Siente una pena tan honda y tan amarga que le parece que toda su vida ha quedado deshecha para siempre.

—¡Oh, señorita! — murmura Toni, apenado ante la amargura de aquella pobre mujer.

—Gracias, Toni, por todo lo que has hecho por mí. Has sido conmigo siempre muy bueno y has tenido la discreción de no decir a nadie lo que tú adivinabas... Creo que seguirás siendo discreto y que no dirás a nadie lo que me pasó... Dí que me he marchado a pasar el verano a otra región... Yo sabré encontrar luego la excusa para no volver aquí...

—Descuide la señorita. El viejo Toni sabrá callar como ha callado hasta ahora... Pero hay hombres que merecerían los dieran garrote... ¡por majaderos!

Toni ve alejarse a Ana y suspira hondamente. No comprende que pueda haber hombres tan ciegos que no sepan ver la felicidad que tienen a su lado y se van a buscarla a lugares inconcebibles.

Para Toni es un misterio que un hombre de la edad de Esteban Dominik quiera casarse con una mocosilla recién salida de la Escuela. ¡Pero si

las mujeres tan jóvenes no tienen sabor! Y en cambio deja a aquella Ana Mathé que es toda ternura, toda bondad, toda corazón. No quiere decir Toni que María no pueda amar también; pero es demasiado niña para saber si ama o no ama. Las chiquillas se encaprichan y luego... ¡Oh, Esteban Dominik merecería llevarse un buen desengaño!... Toni estima al señor Director, pero no le perdona la mala pasada que ha hecho a Ana Mathé.

María había escuchado toda la conversación sostenida entre Ana Mathé y el viejo Toni. Y había comprendido muchas cosas que hasta entonces le eran desconocidas. No tenía ella derecho a deshacer la vida de una mujer que se había portado tan bien con ella. No tenía derecho a robarle el hombre al que amaba desde tantos años.

María sabría arreglar todo aquel asunto. No quería interponerse entre la felicidad de dos personas que se amaban. Ella había creído, en su ingenuidad, que el amor era una senda cuajada de flores, pero ahora comprendía que también era una senda dolorosa llena de abrojos.

El día del reparto de los diplomas había llegado. María había pasado aquellas veinticuatro horas que le ha-

bían precedido, meditando hondamente sobre todo lo que había escuchado desde su escondite tras la columna de la terraza. Y había llegado a la consecuencia de que era ella la que debía sacrificarse y la que debía ceder el paso a Ana Mathé. Para ella la vida comenzaba. Para Ana Mathé la vida era ya un declive forzado que era preciso descender y que María comprendía había de ser muy triste tener que descenderlo a solas.

Todas las alumnas se habían vestido aquel día con el uniforme de gala, un vestido blanco vaporoso y largo que rejuvenecía todavía más aquellos cuerpecillos de mujeres en formación.

María también se había vestido, pero no tenía humor para ponerse guapa como hubiera hecho si todo hubiera salido a la medida de sus deseos. Había soñado en el día de su licenciatura como en uno de los días más grandes de su vida, y ahora sentía que toda la grandeza del momento quedaba aniquilada por la pena que estaba sufriendo.

La chiquilla, mujer valiente y enérgica, había tomado una decisión. Y sabía llevarla a cabo, como sabía llevar a cabo otras tantas decisiones tomadas por ella. María era valiente y quería serlo. Y hoy era la hora de demostrar su valentía.

Los ojos brillantes, la boca cerrada en un gesto de voluntad, la mirada firme, María se contempló un momento

al espejo para apreciar el efecto que hacía su figura en su traje nuevo.

Se vió bella, joven, arrogante, gentil... Pero todo aquello, ¿qué le podía importar? Ahora ya nada le importaba y pensaba que acaso hubiera sido mejor ser fea y vieja ya para no tener que sufrir lo que estaba sufriendo.

Aunque, seguramente, para llegar a vieja y a fea había que pasar siempre por lo que ella estaba pasando... Sí, seguramente... Ahora se daba cuenta María de que la historia de muchas mujeres solteras, amargadas, agriadas de carácter, endurecidas de sentimientos, debía tener su base en alguna desgracia amorosa como la que hoy le tocaba pasar a ella... ¿O es que esas heridas del amor podían cicatrizarse sin dejar huella? No, María estaba segura en su inexperiencia de que aquellas heridas perduraban toda la vida y que sus cicatrices eran tan dolorosas que trastornaban el cerebro de las que las llevaban impresas en su alma.

Ana Mathé había pasado su vida sufriendo, pero alentada por una esperanza. Y María no quería arrebatar a su profesora aquella pequeña felicidad que constituía toda su vida. Ana quería sacrificarse por ella, pero ella sabía tomarle la delantera y se sacrificaría con tal de que Ana pudiera volver a ser feliz.

María se acordaba perfectamente de las frases de Toni. Toni había dicho

que Esteban amaba también a Ana... ¿Por qué Esteban no le había dicho que amaba a otra mujer cuando ella le confesó su amor? ¿O es que a los hombres les gustaba siempre jugar a dos cartas?

El cerebro de la pequeña daba vueltas y más vueltas al asunto sin lograr comprender bien lo que pasaba. Sólo sabía que ella sufría y por su sufrimiento comprendía el de Ana. Por eso le quería evitar a toda costa. Por eso quería sacrificarse ella y dejar el camino libre. Por eso estaba resuelta a olvidar aquel amor que ella sentía y que ya no podría hacerla dichosa si había de basarse en la infelicidad de otra mujer.

María, monísima con su vestido de colegiala, se encaminó al despacho del señor Director. Hacía más de veinticuatro horas que no le había visto a solas. Había esquivado hablar con él desde el momento en que había sorprendido la conversación entre Toni y la señorita Ana. Pero ahora ya no esquivaba la presencia del hombre amado, sino que iba a buscarla resueltamente, con la misma decisión con que había ido a buscar la muerte aquella noche tormentosa en que había preferido huir de la escuela antes que afrontar la vergüenza de que su madre se enterara de aquella estúpida carta de amor escrita en un momento de apasionamiento cegador.

María ha entrado en el despacho de Esteban, pero no ha corrido a abrazarle como hacía antes, sino que se ha quedado, reservada y seria, frente a él a una respetuosa distancia.

—¿María, me parece que hace un siglo que no te veo!—exclama Esteban, contemplando a la muchacha con ojos de enamorado.

—No he podido venir antes—murmura ella, sin mirarle.

—¿No has podido? ¿Tanto trabajo tienes, chiquilla?

—Sí, he estado muy ocupada...

—Pero un momento sí lo he tenido. Algo raro te pasa. ¿Por qué no has venido a verme?

—Por nada...—murmura la niña, que siente flaquear su valor delante del hombre amado.

—María, mirame, déjame que te vea los ojos.

—No, no quiero—porfia la chiquilla, pues tiene miedo que el profesor lea en sus pupilas todo lo que pasa en su espíritu.

—¿Qué te pasa, mi vida? ¿Qué sucede? ¿Estás enojada conmigo?—pregunta Esteban, alarmado ante la seriedad de la niña y las respuestas evasivas que da a sus reiteradas preguntas.

—Enfadada... na... Oyeme, Esteban, ya sé que vas a odiarme... pero yo también me odio a mí misma... Es preciso que te diga la verdad, toda la verdad de lo que ha pasado...—dice, por

fin, María, resuelta a confesar algo muy grande que le quemaba el pecho y la hace sufrir.

—María, me inquieta tu actitud... ¿Qué ha pasado?

—Debo decirte la verdad, Esteban... No te ama... Todo lo que te dije fue mentira... Te he engañado...

—¿Cómo?... ¡No es posible, María! —murmura Esteban, que cree que el sol se ha apagado y que la tierra se ha desplomado en el abismo.

—Sí, es verdad, no le amo... Le engañé para salvarme... porque tenía mucho miedo de que me expulsaran del colegio y de que mamá se muriera de tristeza si yo llegaba a casa sin mi título de bachiller...

—¡No es posible! —repite Esteban, anonadado, pálido, hondamente preocupado por lo que está oyendo.

—Le siento, señor Director... No creí que se tomara usted tan en serio una broma mía... una broma de colegiala sin importancia... —dice María, fingiendo como una artista consumada.

—¿Una broma de colegiala?

—Sí, una tontería como aquella vez que le invité a bailar... ¡Es tan divertido gustar bromas así! —exclama la niña, haciendo un esfuerzo por sonreír y sin atreverse a mirar el rostro de Esteban que adivina lleno de desesperación y de amargura.

—¿Le ha divertido a usted mucho?

—pregunta Esteban, que se pasa una

mano por la frente como si todo aquello fuera una horrible pesadilla.

—No, esta vez no me ha divertido... y le prometo que daría cualquier cosa por que todo eso no hubiera pasado —afirma la niña—. Todo lo hice por miedo de perjudicar a mi mamá...

—Está bien... Ha conseguido su fin... Pero no ha pensado usted que podía perjudicar también muy seriamente a otra persona... La felicito, señorita, es usted una gran actriz y creo que su diploma de bachiller no le servirá de gran cosa... Es mejor que se dedique usted al teatro.

María recibe aquellas frases irónicas, que son como si le abofetearan el rostro, con valor y serenidad. Ha reflexionado mucho en el paso que está dando y no quiere volver atrás. Es preciso seguir fingiendo. Es preciso poner fin a aquella escena y salir airosa de su cometido.

Como si la Providencia viniera en su ayuda la puerta del despacho se abre para dar paso a un joven elegantemente vestido que se inclina profundamente y dice en tono jovial:

—Ustedes perdonen, pero me han dicho que María estaba aquí y vengo a buscarla...

—¡Oh!... Permítame, señor director, que le presente a mi prometido el señor Vallais —dice María, aprovechando aquella ocasión única.

—Mucho gusto en conocerle —dice el

profesor, sin alargar la mano a aquel hombre al que odia apenas acabado de conocer.

—El gusto es mío, señor...

—Me estaba despidiendo de una de mis mejores alumnas...—dice Dominik para romper el silencio que se ha hecho entre los tres—. Les felicito a los dos... y les desee una eterna dicha.

—Vamos, Jack, tengo prisa. El reparto de premios va a comenzar pronto.

—Con su permiso, caballero—dice Jack Vallais, inclinándose ante el director.

Cogidos del brazo salen los dos precipitadamente. Ya en el jardín, donde la fiesta va a celebrarse, Jack da un golpe cariñoso en el hombro de María y le dice, riéndose con todas sus ganas:

—¡Vaya frescura de niña!... ¿Por qué me has hecho pasar por tu prometido? ¡Bonita manera de tratar a un primo que tiene la buena fe de hacer un viaje desde París para presenciar tu graduación!...

—No hagas caso... Todo ha sido una broma de colegiala — responde María riendo también, con una risa amarga que esconde todo un raudal de llanto.

Vallais no comprende bien lo que la niña quiere decir, pero no hace gran caso, está acostumbrado a los diablizos de la pequeña y se ríe siempre de ella. Ahora la ha encontrado muy cambiada físicamente. Está hecha una mujercita muy bella, pero ve que su carác-

ter no se ha transformado, pues tiene tantas ganas de jugar como cuando estaba en casa y corrían los dos como dos fierrecillas, ansiosas de aire y de libertad, por los jardines parisinos que conocían tan bien.

La fiesta va a dar comienzo. Ya están todos los invitados en las tribunas y las niñas en sus puestos. Sólo falta el señor Director que se hace esperar demasiado. Nunca ha tardado tanto Esteban Dominik en presentarse ante el público en el día del reparto de premios. Hoy se retrasa y la gente comienza a impacientarse.

Toni le va a buscar. Le encuentra todavía en el despacho, frente a su mesa de trabajo, con la cabeza hundida entre sus manos, como si meditara algo muy hondo o como si estuviera pasando una pena muy grande.

—Señor Director — dice Toni con timidez, pues adivina lo que pasa en el alma de Esteban—, la fiesta no puede comenzar sin usted... y ya todo el mundo le está esperando.

—¿La fiesta? — inquiere Esteban descubriendo su rostro y mirando a Toni extrañado, como si no supiera de qué le habla.

—Sí, señor, el reparto de premios.

—¡Ah, sí, es verdad, ya se me había olvidado!

Toni le mira con tristeza. ¡Ah, el amor, el amor, qué mala picadura tiene!—piensa el viejo.

Estaban se arregla un poco la corbata, se stusa el pelo y sale de su despacho para encaminarse al estrado que para él está preparado.

Mira a la multitud que se ha congregado para asistir al reparto de diplomas y mira luego a sus discípulas una a una. Todas le sonríen con simpatía. Sólo un rostro permanece serio, sólo unos ojos no se han cruzado con los suyos: los de María que tiene los párpados bajos y que está intensamente pálida, casi tan pálida como el señor Director.

Esteban Dominik ha comenzado su discurso:

—Hoy vais a recibir el premio de vuestros afanes, de vuestros estudios, de vuestros trabajos de cuatro años. El diploma es como un jalón que marca una etapa concreta de vuestra existencia. Llegasteis aquí siendo unas niñas. Aquí habéis estudiado y aquí os vais a graduar. El título de bachiller que hoy vais a recibir marca el fin de un período de vuestra vida y el principio de otro... Para vosotras, alumnas, representa la puerta de la vida que se abre a vuestros ojos; para nosotros, profesores, no tiene el mismo valor... Nosotros seguimos en nuestro mundo cerrado, mientras vosotras vais hacia el mañana en busca de nuevos y más amplios horizontes... En estos años de vida común y de trabajo, os hemos visto crecer y hemos visto cómo ibais trans-

formándoos en mujeres... y ahora cada una de vosotras se lleva consigo algo de nosotros mismos, cada una se lleva parte de nuestra alma, cada una ha prendido en su espíritu parte de nuestro espíritu... Vosotras salís de aquí con nueva riqueza y con más amplias miras hacia la vida... Nosotros nos quedamos un poco más solos, un poco más tristes, porque esa parte que vosotras os lleváis nos deja un vacío grande e pequeño, según nuestro afecto, un vacío que nada podrá llenar, un vacío que nunca se borrará de nuestra alma, porque vuestro recuerdo estará imperecederamente en nuestro corazón.

Las niñas han escuchado con religioso silencio las palabras del Director. Están tan emocionadas que las pupilas brillan con brillo de lágrimas. Cuando se adelantan a recoger el diploma miran al Director con una mirada húmeda y agradecida. Esta vez también María ha mirado a Esteban Dominik que se ha detenido un momento antes de entregarle el diploma y que la ha mirado con una mirada tan intensa y tan dolorosa que la niña ha sentido flaquear su voluntad y su valor.

Así ha terminado la fiesta. Así ha terminado aquella historia de amor iniciada en dos corazones.

Las niñas se despiden del Director, de los profesores, de sus compañeras. Todas parten con alegría de pájaros. Todas marchan al lado de sus padres,

de sus hermanos, de sus parientes. Todas se creen haber ya triunfado de la vida porque han conseguido su grado de bachiller.

La Escuela se queda sola, como jaula vacía. Los profesores vuelven a sus clases que ahora están silenciosas y tristes. El verano pesará sobre ellos como una Josa sepulcral y sólo con la llegada del otoño volverán a recuperar sus costumbres cotidianas, su existencia real, la existencia atareada de la edificación de nuevas riñas que vendrán a beber en las mismas fuentes y que más tarde se marcharán llevándose también un pedacito de su corazón.

¿Y Ana?... Nadie ha notado su desaparición. Ana se ha ido sola, infinitamente sola y triste, cara a la vida... mejor dicho, cara a la muerte, porque ya nada puede esperar de la vida aquella mujer que ha envejecido esperando, aquella mujer que ha perdido los mejores años de su vida persiguiendo una ilusión, aquella mujer que está en el umbral de la vejez y que se ha de adentrar en ella sola, desamparada, sin una mano amiga que acompañe sus pasos ni un corazón amante que la ayude a sostener en aquella penosa senda que se presenta ahora ante ella.

Ana es como un símbolo... El símbolo del amor incompreso, de la abnegación desdeñada, de la bondad desconocida, de la ternura desapreciada, de la feminidad pisoteada bárbaramente

por los que no han sabido conocerla, comprenderla y ampararla...

Han pasado los meses. María Claudel está en un restaurante de moda de París al lado de su primo que trata de distraerla.

María está triste, no se divierte, no fija la atención en todo lo que la rodea, aunque se esfuerza en sonreír y en seguir las bromas de su primo que está intrigadísimo por la extraña transformación de aquella chiquilla que hasta ahora había sido alegre como un cascabel en día de fiesta.

—¿Qué te pasa, María?—le pregunta por centésima vez.

—No me pasa nada, te lo prometo.

—Es que te aburres.

—No, no, me divierto mucho... —afirma María, como si estuviera convencida de lo que dice.

—Nadie lo diría. Estás triste y nada te distrae. ¿Qué puede alegrarte? ¿Un collar de perlas?... ¿Un millón de francos?... ¿O un baile conmigo?

—No tengo ganas de bailar.

—¿Una copa de champagne?

—No, gracias; no quiero nada.

—¿O prefieres que te haga un juego de manos?

María sonríe, mira a su primo y mueve la cabeza negativamente. Ya no le

quodan ni ganas de hablar. Tiene des-gana de todo. Es verdad, está triste, infinitamente triste y no hay nada que la haga salir de su tristeza...

Pero de pronto, una mano se posa en su hombro y una voz conocida le pregunta tiernamente:

—María, ¿quieres bailar conmigo?

María vuelve la cabeza, mira con asombro, sonríe con toda la frescura de sus labios. Ha desaparecido de sus ojos la tristeza, ha desaparecido de su rostro la expresión de melancolía, todas sus facciones se han distendido en un gesto de felicidad y de fe. Ante ella está Esteban Dominik.

—¿Cómo has venido? — le pregunta, levantándose y dejando que Esteban la enlace la cintura para lanzarse al torbellino del baile.

—He ido a tu casa... No puedo vivir sin ti... Tu mamá me ha dicho que habías venido aquí y aquí ha venido a buscarte... ¿Por qué huyes de mí, María?... Pero no importa que huyas, ya sabré encontrarte siempre aunque te escondas en el lugar más recóndito de la tierra... Lo que importa es que todo aquello que me dijiste no sea verdad... y ahora sé que todo aquello fue una piadosa mentira...

—Pero... Esteban... ¿por qué has venido? — inquiere María que desea es-

cuchar en los labios del amado las dulces palabras del amor.

—He venido a buscarte. No había otra solución si te quería recuperar... He comprendido cuánto te quiero y he comprendido también tu sacrificio... Ana no lo ha querido aceptar... Ella encontrará la felicidad en su propio corazón.

—¡Pobre Ana!—suspira María dulcemente.

—Déjala — murmura él con ingratitud manifiesta—. Pensemos ahora en nosotros, en nuestra felicidad presente... ¡Si vieras cuánto he tenido que cavilar para saber cuál era la solución del eterno problema de la felicidad!... Y la solución eres tú, mi vida...

—No, Esteban, la solución no soy yo... La solución es el amor, el amor que no tiene nombre, ni patria, ni límites... El amor que todo lo embellece y que es el único que puede llenar por entero una existencia...

Esteban cree que María tiene razón, y para convencerla, le da un beso suave entre la seda rubia de sus cabellos, esos magníficos y enortijados cabellos que enmarcan el amado rostro de la que, de ahora en adelante, pondrá siempre la más bella sonrisa en su vida que, a pesar de su madurez, empieza a vivir.

Títulos en existencia actualmente en
EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
BARCELONA



Nuestra hijita

Ojos cariñosos

La Simpática huerfanita

Rebelde

por Shirley Temple.

El negro que tenía el
alma blanca

La hija de Juan Simón

¡Centinela Alerta!

por Angelillo.

Sor Angélica

por Lina Yegros.

La Hermana San Sulpicio

Nobleza baturra

Morena Clara

por Imperio Argentina.

La Dolorosa

por A. Godoy.

Currito de la Cruz

por A. Vica.

Bajo dos Banderas

por Ronald Colman y Claudette Colbert.

El secreto de Ana María

por Lina Yegros.

PRECIO: 2 pesetas

NUMEROS PUBLICADOS

Serie Triunfo

Núm. 1. **Entre esposa y secretaria**

por Jean Harlow, Clark Gable y Myrna Loy

Núm. 2. **El capitán Blood**

por Errol Flynn y Olivia de Havilland

Núm. 3. **Prisionero del odio**

por Warner Baxter y Gloria Stuart

Núm. 4. **Madre Alegría**

por Ana Leyva y Gaspar Campos

Núm. 5. **Diego Corrientes**

por Pedro Tarol

Núm. 6. **Una chica de provincias**

por Janet Gaynor y Robert Taylor

Núm. 7. **La esposa de su hermano.**

por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck

Próximo número: Esposa anónima

por Robert Taylor y Loretta Young

Serie Familiar

La pequeña vigía

por Shirley Temple

PRECIO: 1'50 ptas.

Número fuera de serie

La Bandera (Legionarios del Tercio)

por Annabella y Jean Gabin

PRECIO: 2 ptas.

La Novela Semanal Cinematográfica

DE

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre lo mejor en cinematografía

Pida a su vendedor, sus acreditadas colecciones:

EDICIONES
ESPECIALES

SERIE TRIUNFO

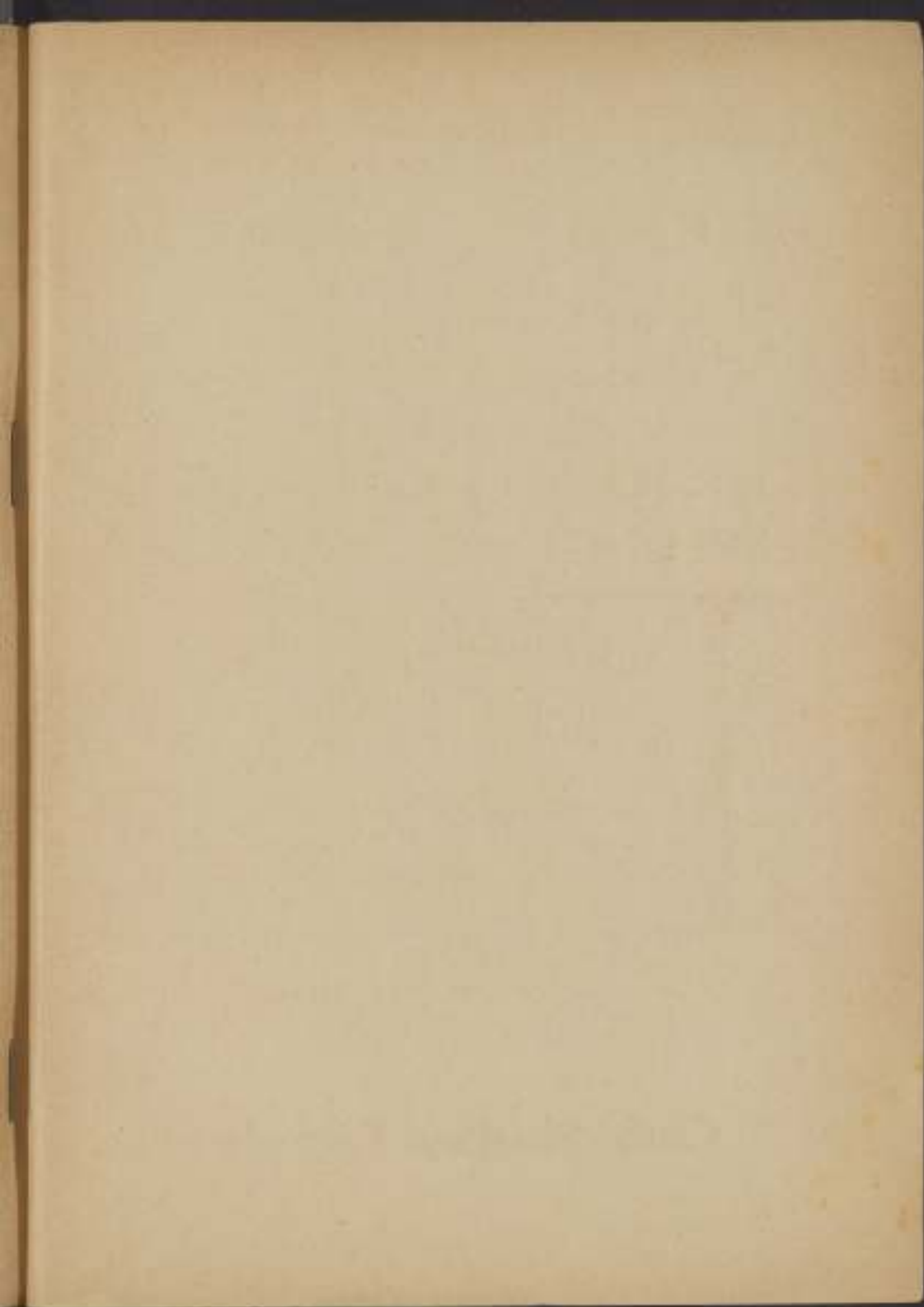
SERIE PASION

SERIE FAMILIAR

SERIE POPULAR

Las mejores novelas, las mejores narraciones,
la mejor presentación

Club Shirley Temple



E. B.

Cuberto, Imp. W. PELLICER
Número, III - Cellano 75032

Precio: 1'50 pesetas